

30 cénts.

NÚMERO EXTRAORDINARIO

30 cénts.



LA SAETA



BACANTE

J. Diéquez
94

LA SAETA

≡ Periódico semanal ilustrado; Literario y Artístico ≡

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Seis meses. 5 Ptas.
Un año. 8 »
Extranjero y Ultramar. . 15 »

Director: V. SUÁREZ CASAÑ

La correspondencia á D. PEDRO MOTILBA,
Rambla del Centro, Kiosco núm. 3, Barcelona

CONDICIONES: No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes. = Pago adelantado.

SAETAZOS MADRILEÑOS

El 30 de Abril y el 1.º de Mayo.—Temores que no resultan.—El 2 de Mayo.—Las mañanas de Mayo en el Retiro.—La elocuencia y erudición del general López.



MAÑANA no cuenten ustedes conmigo—nos decía la noche del 30 de Abril, nuestro amigo Carandio Langorritacoibetiagogorza, un señor que fué fabricante de pimientos morrones y ahora se pasa la vida sentado en la primera mesa, según se entra á la izquierda, del Café Inglés.

—¿Se va usted fuera?—preguntóle uno.

—No, señor: me escondo. Mañana es día primero de Mayo y martes por añadidura; habrá manifestación obrera, huelgas y qué se yo. De modo y manera, que por nada del mundo salgo de mi casa.

—No sea usted follón,—dijole un hombrecillo que asiste á nuestra mesa en calidad de gorrón;—el Gobernador ha prohibido las manifestaciones y mañana no se moverá una mosca.

—Las autoridades tienen tomadas sus medidas—añadió un segundo, no gorrón, sino contertulio—y caso de que salgan los obreros les sentarán la mano.

—Además—repuso un tercero—los obreros maldita la gana que tienen de declararse en huelga.

—Pues así y todo, no salgo mañana de casa aunque me emplumen. Conque buenas noches y quiera Dios que el día 2 nos encontremos aquí todos.

Iguales á Carandio hubo muchas personas que pasaron el día metidos en la guardilla trastera ó escondidas entre los colchones.

Sabemos de una señora de Navalagamella, que se encuentra accidentalmente en Madrid, y estuvo á punto de perecer aplastada por un aguador. Habíase hecho ocultar en un banco que hay en el recibimiento de la casa donde está de huésped, para que no la encontrasen los anarquistas si entraban á «verificar el reparto.» La criada ignoraba que estuviese en tal sitio, y como el aguador, que es muy atrevido, aunque algo chato, tiene la costumbre de hacerla carantoñas, le tomase la barba al entrar, dióle tal empujón que fué á caer encima del banco, el cual, no pudiendo soportar semejante peso, rompióse por el asiento y «el de la cuba» quedó sobre la navalagamellana.

La pobre señora fué extraída casi exánime, y cuando se repuso un tanto, exclamó:

—¡Qué animal!... Entre un anarquista y un aguador... prefiero morir á manos del primero, que al menos no será tan desconsiderado con las señoras.

Otros mil lances podríamos contar, pero no hay espacio para tanto.

Desgraciadamente, aún hay muchas personas que se figuran á los obreros como seres dispuestos á comerse al primero que encuentren por la calle; y nada más absurdo: son personas que luchan para conseguir una cosa justa, según nuestro modo de ver.

Las autoridades, en previsión de lo que pudiera ocurrir, tomaron enérgicas medidas. Las tropas estuvieron acuarteladas, los guardias civiles arma al brazo y dispuestos para salir á la primera voz, y los del orden tan tranquilos como siempre.

Pero los obreros madrileños, que saben donde les aprieta el zapato, han dado una prueba de sensatez asistiendo á los talleres como de ordinario.

—¿Hay huelga este año?—preguntamos á un obrero.

—Sí, señor,—nos contestó;—pero es huelga forzosa.

—¿Cómo es eso?...

—Porque Mayo tiene la friolera de ocho días de fiesta. Conque si quieren más huelga...

Sea por esto, sea por otra cosa, el primero de Mayo ha pasado

En gran tranquilidad y en dulce calma.

El 2 de Mayo es día de gran júbilo para los madrileños: es algo así como contarle á un

viejo gotoso sus calaveradas de estudiante; como á la vieja pretensiosa aún, leer las cartas de sus amantes primeros.

Leyendo los artículos encomiásticos que toda la prensa dedica á los héroes del 2 de Mayo, no hay un madrileño que no tenga el corazón henchido de entusiasmo; así como no habrá un francés sin las mejillas enrojecidas de vergüenza.

Hace algunos años, los franceses que habitaban en Madrid no salían de sus casas y amo de tahona había que se ocultaba en la leñera entre cuatro ó cinco gavillas de retama, y decía al «oficial de pala», que generalmente era un gallego agradecido:

—Antón, encárgate hoy del despacho y si vienen á buscarme dices que me he ido á Ruen, donde se me está muriendo una tía.

Hoy, que ya han pasado aquellas inquinas, sólo nos ocupamos de oír misa por los que tan gloriosamente murieron, y de ir á ver la procesión cívico-militar, que todos los años es lo mismo.

*
**

Mayo, con sus hermosas mañanas, es encantador para los jóvenes que tienen el pecho abierto al amor.

Cada domingo se dan cita para el siguiente, innumerables jóvenes de ambos sexos, que se pasan las mañanas en el Retiro, jugando á las cuatro esquinas ó amándose «agrestemente», como dice doña Prisca, respetable viuda con tres hijas y una casa de huéspedes en la calle de la cabeza. Es delicioso ir al Retiro por la mañana un día de fiesta. Aquí vemos un grupo de muchachas y muchachos, saltando á la comba ellas, y mirando en que estado se encuentran las botas de las que saltan, ellos. Ahí otro grupo que juegan á la pelota, y más allá, y ocultos por la enramada, dos jóvenes entregados á los dulces transportes del amor. Ella parece modista; él debe de ser dependiente de alguna tienda de sedas. Nuestros pasos les sacan de su arrobamiento y apartándose un poco, nos miran con ojos de besugo huérfano, como queriéndonos decir:

—No dé usted un paso más porque va á despertarse mamá.

Miramos más adelante y, en efecto, vemos una señora, sentada, que parece una mona, y que se ha quedado dormida haciendo *crochet*. Entonces volvemos pies atrás y recibimos otra mirada de la pareja, que nos demuestra su agradecimiento, por dejarles continuar su comenzado idilio.

En las mañanas de Mayo, repito, es delicioso ir al Retiro, siempre que no pertenezca uno á la sociedad de *Padres de familia*.

*
**

El señor López Dominguez, nos ha resultado un ministro que ni aun por saber sabe lo que se pesca. Cada día que toma la palabra para hablar de los sucesos de Meñilla, dice una infinidad de desatinos revestidos de la más aparatosa «erudición».

Figúrense ustedes todo un general procedente del arma de Artillería, diciendo á cada paso:

—Porque las «baterías de artillería» hicieron esto. Porque las «baterías de artillería» hicieron lo otro...

¿Quieren ustedes mayor erudición? Ahí encontramos méritos sobrados para que le den el tercer entorchado y le hagan académico. ¡Vaya un modo de aclarar conceptos!

El se habrá dicho:

—Como hay baterías de cocina, conviene hacer entender que no es á esas á las que me refiero.

Madrid, 4 de Mayo.

ESTANISLAO MAESTRE.

A CÉLIA

Cuando la noche callada
tiende su lóbrego velo,
y á meditar nos convida
la soledad y el silencio;
cuando las sombras nos fingen
en torno de nuestro lecho
mil apiñados fantasmas
que contemplan nuestro sueño;
en esas horas eternas
de lágrimas y recuerdos,
que hasta la sangre parece
suspende su movimiento:
entonces, mientras el mundo
rodeado de misterio,
yace sumido en la calma
bajo la capa del cielo;
entonces, mujer amada,
mientras todo duerme, velo,
velo pensando en tu amor,
llorando de angustia lleno.

¡Llorando! mientras que tú
reparas en dulce sueño,
sin pensar que un alma triste
por tu amor está sufriendo.
¡Cuántas veces, á través
de las sombras y del viento,
contempló avanzar tu imagen
mi pobre espíritu enfermo!
¡Cuántas veces te miré
y escuché el mágico acento
de tu boca angélica
que me prestaba consuelo!
¡Y al tender las yertas manos
para estrecharte en mi seno,
sólo hallaba sombras vanas
en derredor de mi lecho!

Y en tanto tú, reposabas
sumida en tranquilo sueño,
sin pensar que un alma triste
por ti se hallaba sufriendo!

V S. CASAÑ.

Á TODAS... Á TODAS ELLAS

Las flores abre y dilata
con luz tibia el sol de Mayo;
pero en Agosto, ese rayo
que les dió vida, las mata.

El amor más ideal
puede á una flor compararse,
destinada á marchitarse
sobre el lecho conyugal.

Todas habréis conocido,
por los cambios de aquel rayo,
que el novio es el sol de Mayo
y el sol de Agosto el marido.

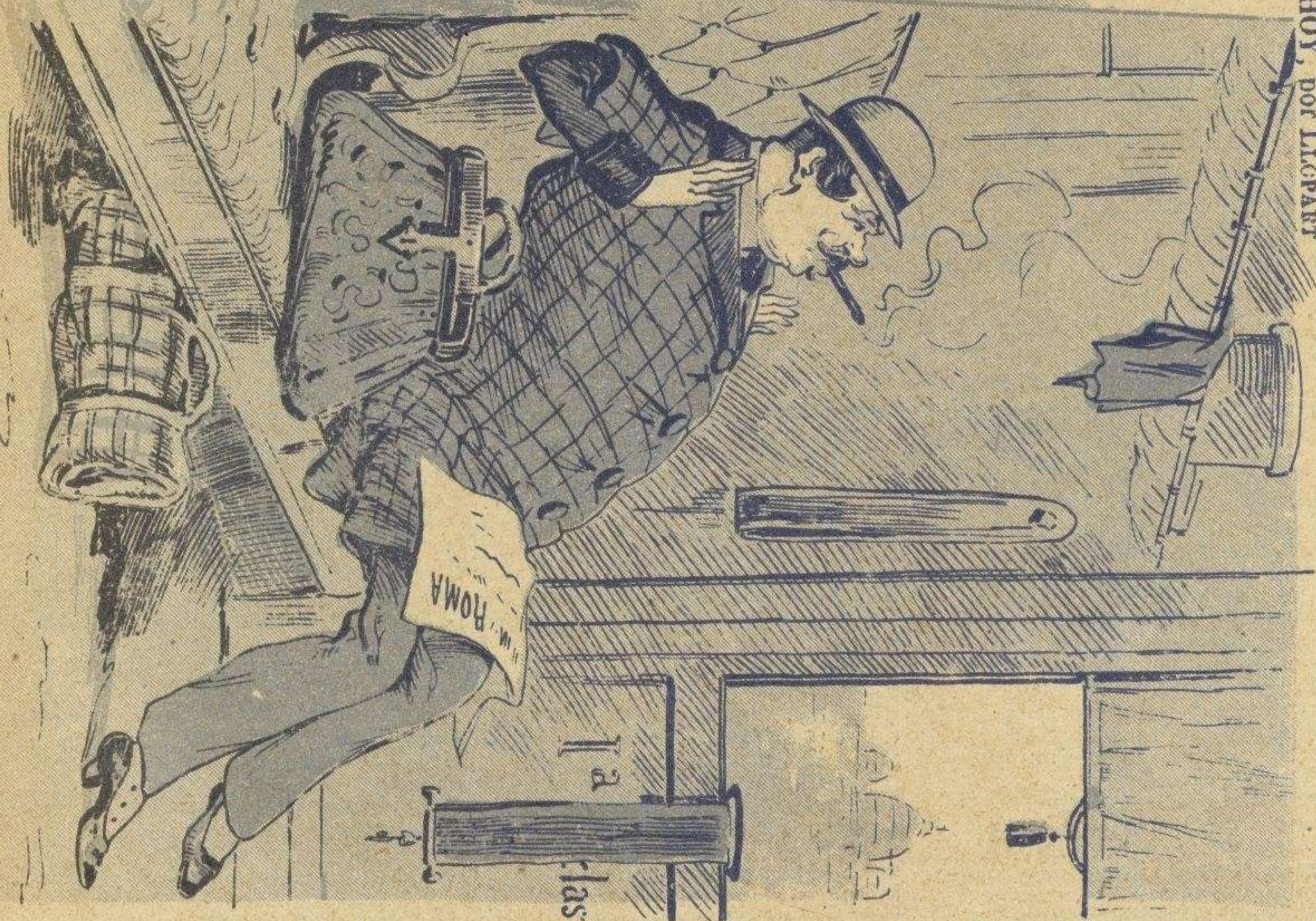
¡Pobre mujer, cuando ves
que es rayo nuestra pasión
que aviva tu corazón
para agostarlo después!

R. TORROMÉ.

LO QUE VA DE AYER A HOY, por LICPART



Peregrino de antaño.



Peregrino de hoy.



¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!

—Es cribidme una carta, señor cura.
 —Ya sé para quién es.
 —¿Sabéis quién es, porque una noche oscura
 Nos visteis juntos?—Pues.
 —Perdonad, mas...—No extraño ese tropiezo,
 la noche... la ocasión...
 Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo;
Mi querido Ramon:
 —¿Querido?... Pero, en fin, ya lo habéis puesto...
 —Si no queréis...—¡Sí, Sí!
 —¡Que triste estoy! ¿No es eso?—Por supuesto.
 —¡Que triste estoy sin ti!
Una congoja al empezar me viene...
 —¿Cómo sabéis mi mal?...
 —Para un viejo una niña siempre tiene
 El pecho de cristal.
¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.
¡Y contigo! Un edén.
 —Haced la letra clara, señor cura,
 Que lo entienda eso bien.
 —*Y si volver tu afecto no procura,*
Tanto me harás sufrir...
 —¿Sufrir y nada más? No, señor cura,
 Que me voy á morir.
 —¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo?...
 —Pues, sí, señor, morir.
 —Yo no pongo morir.—¡Qué hombre de hielo!
 ¡Quién supiera escribir!
 ¡Señor rector, señor rector! en vano
 Me queréis complacer,
 Si no encarnan los signos de la mano
 Todo el sér de mi sér.
 Escribidle, por Dios, que el alma mía
 Ya en mí no quiere estar,
 Que la pena no me ahoga cada día
 porque puedo llorar.
 Que mis labios, las rosas de su aliento,
 No se saben abrir;
 Que olvidan de la risa el movimiento
 A fuerza de sentir.
 Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
 Cargados con mi afán,
 Como no tienen quien se mire en ellos
 Cerrados siempre están.
 Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
 La ausencia el más atroz.
 Que es un perpetuo sueño de mi oído
 El eco de su voz...
 Que siendo por su causa, el alma mía
 Goza tanto en sufrir!...
 Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
 Si supiera escribir!...

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



ANGELITO



Era un buen muchacho, en toda la extensión de la palabra.

La timidez formaba el rasgo distintivo de su carácter.

Si entraba en una habitación donde hubiera reunida mucha gente, se ponía de veinticinco colores, quedábase parado en seco y cuando se decidía á avanzar, no sin lanzar un hondo gemido, era tal su aturdimiento que andaba por encima de los pies de los demás, derribaba cuantos objetos encontraba por delante y al llegar al sitio en que estaban los dueños de la casa, se ponía á los pies del marido y besaba la mano á la mujer.

De palabra, por supuesto, y aun con más tropezones que una tortilla de jamón bien confeccionada, pues lo que es de obra hubiera sido incapaz de semejante atrevimiento.

Cuando iba por la calle cedía la derecha á toda clase de hombres, mujeres y animales, lo cual, en las vías estrechas, le obligaba á ir haciendo equilibrios por el bordillo de la acera ó llenándose de polvo ó de barro por el arroyo.

En el café cogía la mano del mozo, estrechábasesla tiernamente y mirándole con ojos de besugo pasado, le decía en voz baja, como si le confiara un secreto:

—¿Será V. tan amable que me sirva un vaso de café y media de abajo?

A estas palabras seguía un suspiro y Angelito se quedaba mirando con ansiedad al camarero, hasta que éste respondía:

—Enseguida, señorito.

Desde que se propuso casarse hasta que contrajo matrimonio pasaron seis años y Dios sabe los que hubieran pasado de no mediar en el asunto la casualidad.

Habíanle gustado muchas mujeres, pero no bien se le presentaba ocasión de declararse á ellas, la lengua se le pegaba al paladar, temblaba como un azogado.. y dejaba pasar la oportunidad sin aprovecharla.

A veces acudía al ron para darse valor.

Cuando se juzgaba ya á medios pelos, iba á ver á la señora de sus pensamientos y casi sin saludarla, comenzaba á decir:

—Pues ha de saber V., Arista, que yo siento... yo siento...

—¿Qué siente V.?—preguntaba la chica con aire risueño.

Pero la presencia de su amada le despejaba mejor que el café ó el amoníaco, volvía á su timidez y balbuceaba:

—Siento... siento... un dolor atroz en los riñones...

U otra majadería por el estilo.

Al principio las muchachas se reían, pero luego, convencidas de que no acabaría nunca de declararse, le mandaban á paseo.

La casualidad de que he hablado antes consistió en que tropezara Angelito con una viuda que tenía ganas de repetir y para quien el chico no dejaba de constituir un regular partido, pues sobre que poseía algún caudal, era algo más joven que ella y no mal parecido.

La viuda comprendió enseguida con quien trataba y se dijo:

—Si yo no me declaro, lo que es él, no se atreverá nunca.

Comenzó por trastearle en toda regla, y cuando lo tuvo ya bien mareado, aprovechó para irse á fondo, la ocasión en que Angelito repetía el tradicional:

—Yo siento... yo siento... Angustias...

—¿Siente V. angustias?—preguntó ella en tono burlón.

—No... sí... es decir...

Vió ella al chico á punto de desmayarse y prescindiendo de burlas, le cogió la mano, hizole sentar á su lado y dijo:

—Ea, no se turbe V... Lo que V. siente, al fin y al cabo, no es nada malo.

—¿Qué no? Pues yo... no me encuentro bien... Experi-





mento un cosquilleo por... por todo el cuerpo, como si me corrieran por la piel veinte docenas de escarabajos...

Angustias contuvo una carcajada y repuso:

—No hay para tanto, ni era eso lo que V. quería decirme.

—¿Lo sabe V.?

—Sí que lo sé, y ya que á V. le cuesta trabajo expresarlo, voy á hacerlo yo, en su nombre.

—¡Eso es!—esclamó Angelito transportado de alegría.—Diga V. y yo contestaré si ó no...

—Como en el Catecismo... Vamos á ver, V. ha querido decir que siente amor.

—¡Sí!...

—Que el objeto de ese amor soy yo...

—¡Sí, sí!...

—Y que como V. es un hombre formal, una persona decente que viene con buen fin, nos casaremos el mes que viene...

—¡Sí!... ¡Sí!... ¡Sí!...

—Pues bien, por mí no hay inconveniente. Desde que cumplí el año del luto, tengo arreglados todos mis papeles.

—¡Oh! ¡Qué Angustias!... ¡Qué Angustias!...

—¿Vuelve V. á ponerse malo?

—No... lo que digo es que es V. una mujer incomparable.

—¿Conque, quedamos entendidos?

—Desde luego... Ahora mismo voy á empezar á dar los pasos...

—Eso es lo que conviene: no perder el tiempo...

Angelito salió más contento que unas Pascuas.

A su juicio, había encontrado el fénix de las mujeres.

—¡Si será ahorradora que hasta me ha ahorrado el trabajo de declararme!—pensaba.— Además, tiene ya preparados sus papeles, lo cual prueba que es previsora, y es tan activa que le gustan las cosas sobre la marcha... Decididamente soy un mortal afortunado.

Al mes siguiente se casó.

Angustias hizo mangas y capirotos del patrimonio del pobre muchacho y éste no tuvo más remedio que contraer deudas.

Gracias á él, Madrid ganó en categoría convirtiéndose en una nueva Londres.

¡Tal fué el número de ingleses que hizo!

Entonces comenzó para Angelito una existencia horrible.

Condenado á capa perpetua, en la que se embozaba hasta los ojos para no ser conocido de sus acreedores, iba sudando el quilo por la calle, durante los *frescos* meses de Julio y Agosto.

No se atrevía á entrar en ningún establecimiento, ni oía misa, ni asistía al teatro.

Cada vez que sonaba la campanilla, Angelito se metía en la tinaja, temiendo que quien llamaba fuese un inglés que se empeñara en registrar la casa.

Su mujer le llamaba mandria y otros epítetos igualmente halagüenos, pero no conseguía vencer su timidez.

Persuadida de esto, trató ella misma de arreglar lo que había desarreglado y logró, ignoro por qué medios, que un usurero se hiciese cargo de todas las deudas de su marido, reduciendo así muchos ingleses chicos á uno grande, un verdadero par de Inglaterra.

Es verdad que aquel hombre iba siempre colgado de los faldones de Angelito, que no le dejaba ni á sol ni á sombra, que ambos representaban la escena del lego y el soldado de *Los Madgyares*, pero Angustias pudo volver á frecuentar los paseos, los cafés y los teatros.

Un día exclamó:

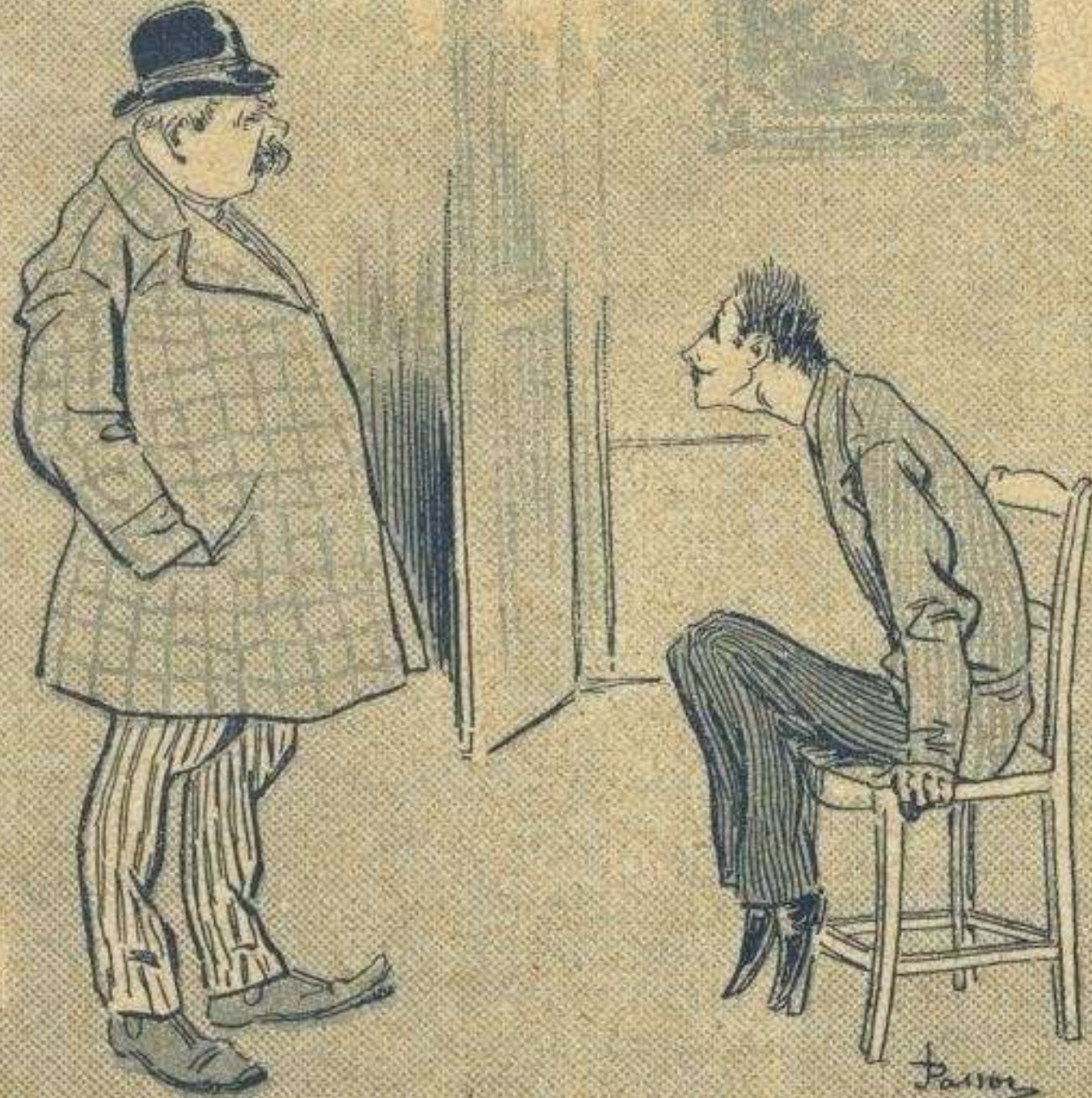
—¡Qué luminosa ideal

Inmediatamente se la comunicó á su marido que, como de costumbre, se avino á todo cuanto exigió su esposa, bien que murmurando:

—¡Es atrevidillo!... No sé si yo tendré valor...

—Pues lo has de tener, porque solo así saldremos de apuros.

—Corriente: haré un esfuerzo...



Desde el siguiente día comenzó á realizar los pocos bienes que le restaban y cuando todo estuvo convertido en dinero, se marchó á Cádiz.

Allí escribió dos cartas, una para su mujer y otra para el usurero.

En esta última, contrahaciendo la letra y firmando con nombre supuesto, participaba al feroz inglés, pues las dos condiciones tenía, que él, Angelito, había fallecido, encargando al firmante que le participase tan sensible noticia, por si quería ir á hacerse cargo del dinero y papeles del difunto.

—Mi mujer tiene ideas magníficas,—pensaba el infeliz.—Ese hombre tomará el tren, se vendrá á Cádiz y nosotros entretanto nos iremos á Francia, sin que nadie nos moleste.

En la carta á Angustias, la manifestaba lo que había hecho, con arreglo á sus instrucciones y que aquel mismo día se marchaba á San Sebastián, donde la esperaba para dirigirse á París.

Apenas había concluído las dos cartas, llamaron á la puerta del cuarto

Angelito, tembloroso, pensando que podría ser el usurero que hubiese oído algo y fuera en su seguimiento, cerró precipitadamente las epístolas y abrió la puerta.

Quien llamaba era el camarero de la fonda que le llevaba la cuenta.

Pagó, echó las consabidas cartas y tomó el tren.

Seis días después hallábase el marido de Angustias en un hotel de San Sebastián, cuando entró, en su cuarto sin anunciarse, un hombre cuyos ojos echaban fuego y que le dijo con voz de trueno:

—¡Ah! ¡Bribón! ¿Conque pensabas escaparte sin pagarme?... ¡Ahora te daré yo escapatorias!

Y el usurero, pues él era, levantó en alto un grueso garrote; pero no tuvo necesidad de descargarlo.

Angelito, que en su precipitación al cerrar las cartas, las había trabucado, remitiendo al usurero la dirigida á su mujer y vice-versa, se murió de veras, del susto.

El usurero se quedó sin cobrar ó poco menos.

Y en cuanto á Angustias, un año después volvió á preparar sus papeles por si se presentaba otro Angelito.—BLAS QUITO.

HISTORIA DEL CÉLEBRE BANDIDO RASCATRIPAS

Compren ustedes señores,
el verídico Romance,
que sin *desajerar* trata
de una historia horripilante,
al bandido *Rascatripas*
de rostro sañudo y grave,
de mirada torva y fiera,
y de aspecto repugnante
le eligieron capitán
ocho inicuos criminales.
En una noche sombría,
negra, cual las penas grandes,
Rascatripas con su gente,
Mardesio y el *Pelambre*
el *Alifafe* et *Cerote*
el *Jipio* y el *Cachivache*
el *Tumbón* y *Fierabrás*
se dirigieron á escape
jinetes en tordas jacas
de las de más brío y sangre
al magnífico cortijo
del marqués de Puente-Grande.
Las puertas tiran al suelo
sedientos de oro y de sangre,
un hermosísimo perro
trata el paso de cortarles
y le arrojan... dos Sonetos
de Carulla, ¡acción infame!
Y *espichó* allí el pobre perro
sufriendo horribles calambres.
Penetran luego en la casa
como *tigueres* salvajes;
van al cuarto del marqués
y le echan mano al gznate,
después le sacan las tripas,
el corazón y la sangre,
y *medio* muerto le meten
en una botella grande.
Cogen luego á la marquesa
Rascatripas y el *Pelambre*
y la hacen más tajaditas
que arenas tienen los mares
que estrellitas tiene el cielo
y que deudas un cesante.

¡Padres los que tenéis tíos
sobrinos que tenéis padres,
hermanos que tenéis primos
y vecinos y comadres...
es á todos nuy preciso
de este *papel* enterarse!
¡Señores, que se va el tío;
á *perra* chica el Romance!

JOSÉ DOZ DE LA ROSA.



LECHUGUÍN

I

Aquella mañana se presentó Lechuguín, en el comedor, «hecho un brazo de mar»; pero de mar pequeña, que dijo el otro. Llevaba puesto un traje nuevo color de suela húmeda, una gorrita de cuadros verde cieno en fondo crema y una cartera de viaje, que por lo grande y destartalada, parecía una maleta de comisionista. Las manos, enfundadas en guantes de piel de perro, color salmón viudo, oprimían un objeto: era una cajita de nogal que no pasaría de tener más de diez centímetros de tamaño. Lechuguín, estaba como si fuera nuevo y de una pieza. Su cara de besugo apócrifo, resplandecía de júbilo, y era de ver aquellos ojos que jamás levantaron la mirada del suelo, del modo despreciativo que nos miraban aquel día, como queriendo decir:

—Ya veis: soy Lechuguín, sí; pero no el Lechuguín, que ha compartido con vosotros los atroces vacalaoos á la vizcaína, de D.^a Librada; no el Lechuguín, víctima en la mesa de las cuchufletas de mis compañeros; soy otro Lechuguín, capaz de hacer «abrasarse de amor» á cualquier muchacha.— Todo esto, parecían querer decir aquellos ojos, dignos de un Muley Yarafa.

Porque Lechuguín, aunque chato, se creía un Adonis ó un Narciso.

Y de todo tenía la culpa D.^a Librada, por tolerarle ciertos atrevimientos; con lo cual Lechuguín, se olvidaba de pagarla... en metálico, que en abrazos... ya le pagaba con creces.

Doña Librada, era muy fea, y además tenía unas manchas en la cara que parecían sabañones recién nacidos; pero á Lechuguín, no le hacían mella, lo que el buscaba era ahorrarse los veinte duros que le daba un tratante en cueros por «llevale los libros», y haciendo carantofías á la patrna, lo lograba tranquilamente.

En ropa, tampoco gastaba un cuarto Lechuguín. En tres años que estuvimos bajo el mismo techo, siempre, hasta el día á que más arriba me refiero, le vi el mismo chaqué verde alfalfa y los pantalones color nuez moscada con lunares azules y encardados.

De aquí que entre los huéspedes, se corriese la voz de «que Lechuguín, tenía bien cubierto el riñón.»

Volviendo á mi interrumpido relato, Lechuguín paseó una mirada altanera sobre nosotros, solo comparable á la que debió pasear D. Santiago Angulo, sobre los concejales, cuando tomó posesión de la alcaldía. No encontrando allí á D.^a Librada, volvióse de espaldas y salió del comedor sin proferir palabra y

orgullosa y altiva como un César.

Aquella actitud había excitado nuestra curiosidad; así es, que aun sin ponernos de acuerdo, nos levantamos todos como si hubiésemos sido una sola persona y salimos tras él, del comedor. Ya en el pasillo y cerca de la cocina, encontré Lechuguín con D.^a Librada, y dejándose caer en sus brazos, sollozó, más bien que dijo:

—¡Doña Librada, V. es mi madre!...

Estas palabras helaron la voz en la garganta de la patrona y en poco estuvo que no cayera desmayada en brazos del cura de Esportilla, que había venido de su pueblo para conocer personalmente á Capdepón, y á la sazón salía de su cuarto.

—¡Qué digo mi madre!—continuó Lechuguín.—¡Más que mi madre!...

Las últimas palabras del joven animaron un poco á D.^a Librada, y estrechándole entre sus brazos exclamó:

—Pero, ¿qué ocurre?... ¡Dios mío, me asusta V.!... ¡Hable V... por Dios!

—¡Qué ha de ocurrir D.^a Librada; ¡me voy al pueblo y quizás para no volver!

Entonces ya fué preciso sostener á D.^a Librada. Uno de los huéspedes, que le llevaba la cuenta de la compra, rocióla el apergaminado rostro con agua y vinagre y el cura de Esportilla comenzó á hacerle aire con la teja, hasta que volvió en sí.

Entonces, fué preciso que Lechuguín se explicara.

«Un tío suyo, que era labrador en Burrizales, le llamaba para que se hiciese cargo de la hacienda. El pobre hombre se moría á causa de un atracón de higos y... de una paliza que le propinó el sacristán por haberlo encontrado una noche debajo de su cama. El tío de Lechuguín, no tenía más parientes que éste y una cotorra que le trajo de Nicaragua un amigo suyo; y como el «pájaro canoro» no podía encargarse de la labor, quería que fuese su sobrino sin perder un momento. La cosa no era para pensarla mucho, por lo cual Lechuguín, aunque lo sentía en el alma, había decidido marcharse.»

—Me cuesta mucho dolor esta separación, D.^a Librada;—repuso enjugándose una lágrima;—pero no hay otro remedio. Yo estoy agradecidísimo á las deferencias que V. guarda con-





Cuando decía esto D.^a Librada, tenía la caja oprimida dulcemente contra su casto pecho y la miraba con ojos de caimán hambriento.

II

Han pasado tres meses desde que Lechuguín, partió para Burrizales. D.^a Librada, nos ha llamado á capítulo y estamos todos los huéspedes alrededor de la mesa camilla. A la derecha de la patrona está el cura de Esportilla, que aún no ha tenido el gusto de que le reciba Capdepón; á la izquierda el que «lleva la cuenta de la compra»; junto al cura D.^a Nicéfora, una señora que había venido de Arrancacepas, para ver el carnaval y para que la pusieran una dentadura postiza; al lado de esta señora, un cómico malo, y entre éste y el «contador» de la casa, mi humilde persona.

Doña Librada, se levantó y dando á sus palabras un tono de solemnidad, que cuadraba muy mal con las carcajadas que estaban lanzando la Sra. de Arrancacepas y el cómico, nos dijo:

—Señores...—D.^a Librada, aunque patrona, no podía tragar á D.^a Nicéfora.—Señores... como testigos que fueron Vdes. del legado que me hizo el pobre... (*un suspiro*) Lechuguín... (*otro suspiro*) ¡El pobre Lechuguín! quiero que me digan si debo ó no abrir la caja...

—¡Qué la abraa!—gritaron todos. Tal era nuestra curiosidad por saber lo que había dentro.

Doña Librada, introdujo un cuchillo, que parecía un machete, entre la juntura de la tapa, y con una fuerza muy superior á la que se podía esperar de su naturaleza raquítica, hizo saltar la cerradura. Todos, incluso D.^a Nicéfora y el cómico, guardaron silencio. La patrona sacó un papel cuidadosamente doblado; luego, otro; después, otro, y últimamente un rizo de pelo... atado con una cinta de seda encarnada.

Creimos que D.^a Librada, iba á caer desmayada y nos apresuramos á tenderla los brazos, pero no hubo necesidad, pues levantándose de la silla, comenzó á dar grandes paseos por el comedor, al tiempo que rugía:

—¡Pérfido!... ¡Infame!... ¡Perjuro!—y otros calificativos por el estilo.

El cura, acercóse á prodigar consuelos á D.^a Librada, y con su vocecilla de grillo le decía:

—Señora, cálmese V.; hay que tener paciencia y sufrir con resignación las flaquezas de nuestros prójimos.

—¡Qué he de sufrir señor, qué he de sufrirl... ¡Ay, Lechuguín... como me has engañado!... ¡Pérfido!... ¡Infame!... ¡Perjuro!...

—Pero, ¿cuánto le debía á V.?—preguntóle D.^a Nicéfora, con cierto retintín.

—Nada, no me debía nada,.. ¡Ay, Lechuguín!...

—¿Entonces?...

—Es que el mechón—contestó D.^a Librada, que no podía ocultar ya su despecho—es que el mechón... de pelo... es mío... ¡mío!... que se le di á los pocos días de venir á esta casa... ¡Y de qué modo me le devuelve el pérfido!... Dios, mío; ¡qué desgraciada soy!—Y no pudiendo con el peso de su desgracia, cayó en brazos del huésped que le llevaba la «cuenta de la compra.»

ESTANISLAO MAESTRE.



FIATE DE LA VIRGEN...

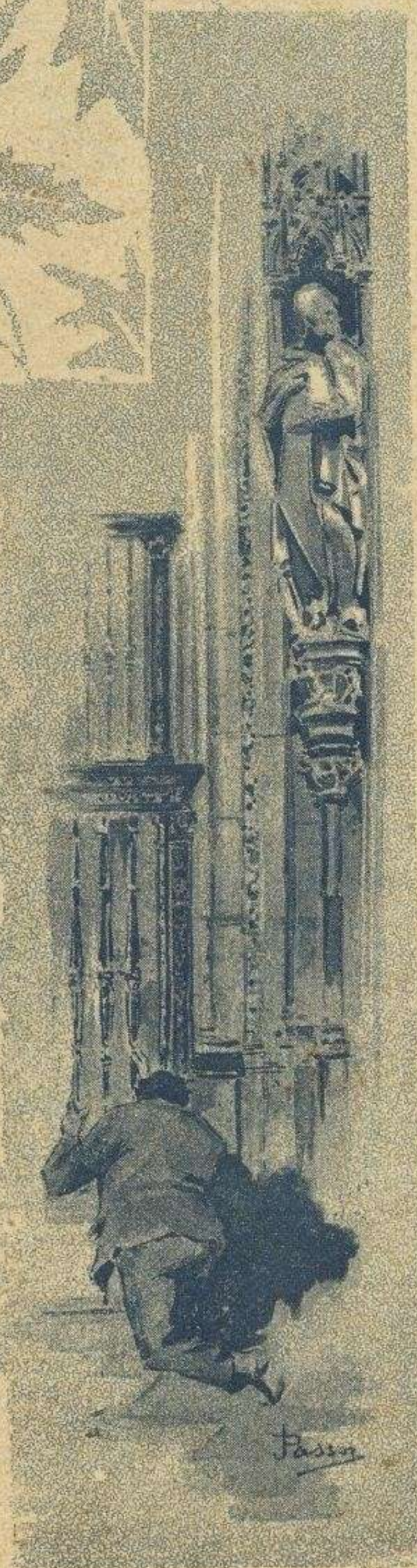


ERA Juan un muchacho,
alegre, pendenciero y vivaracho.
Quince años á lo sumo contaría,
y aunque tan joven era,
ya en su pecho sentía
brotar hácia su prima Rosalía,
el puro amor, de la pasión primera.
Rosalía, era hermosa,
como el amanecer de la alborada,
pero tan vergonzosa

que por cualquiera cosa
poníase al instante colorada.
Y tan enamorado
se hallaba el pobre Juan, que hubiese dado
(en su pasión irresistible y loca)
toda su vida entera
y cien más si tuviera,
por alcanzar un beso de su boca.
En su inocencia cándida, ignoraba
la bella Rosalía
que su primo la amaba,
pues éste cuando hablaba
con ella, de su amor nada decía.
Por fin, una mañana,
á esa hora en que se cubre el firmamento
de celajes de grana
y en que lanzan los pájaros al viento
sus trinos de armonía
saludando al hermoso y nuevo día,
salió de casa, Juan. Con paso incierto
y pálida su faz cual la de un muerto
dirigióse hacia el templo, donde mora
el Dios de Cielo y tierra,
donde el creyente ora
y do á sus puertas la maldad se aterra.
Allí entro Juan, el pobre enamorado,
y estuvo ante la imagen de Maria
orando largo rato arrodillado,
para que hiciese Dios que Rosalía
le diese el «sí» por él tan anhelado.

.....
O no rezó con devoción el joven,
ó la Virgen no oyó, según las trazas,
su plegaria ferviente,
porque al día siguiente,
le dió su amada prima calabazas.

RAMÓN DÍAZ.



LA VIDA ARTISTICA, por BALDOMERO GALOFRE.



Baldomero Galofre.



Tipo aragones.



Galicia. — De vuelta de la feria.

DIÁLOGO, por CILLA.



--Si hubiéramos podido ir con la peregrinación, nos hubieran dado comida abundante, viaje agradable y gratuito y hasta ropa limpia.
--Pero teníamos que embarcar en Valencia y se puede perdonar el bollo por el coscorrón.

MARGOT



QUIÉN es Margot?

La niña gentil y fresca como la azucena bañada por el llanto de la noche; la de ojos chispeantes y picarescos; la muchacha más alegre y salerosa de todo el pueblo, esa, esa es Margot.

La que llamaban la andaluza por sobrenombre y á quien los corrillos de los guapos mozos, que se forman en las esquinas, le gritaban, con sombrero en mano, cuando iba á misa con su chal de seda: ¡Viva tu gracia! ¡Viva tu sal! ¡Bendita sea tu madre, hija del cielo!

*
**

Cómo le gustaba á la bella Margot verse cortejada y que la llenasen de piropos, que escuchaba con afectado rubor, metiendo su encantadora carita entre sus pequeñas manos y dejando entrever por las rendijas de sus dedos, su blanquísima dentadura. Con qué placer nos recibía en su casita blanca de campo, con jardines al rededor. ¡Ah! Qué cortas se nos hacían las horas á su lado, charlando y charlando y á veces jugando á la sortija, ó contando cuentos, su diversión

predilecta! ¡Cómo nos atraía con su carácter dulce y afable! Porque, eso sí, sencilla como un niño; pero con el más refinado *esprit* parisiense y con todo el donaire de las sevillanas.

*
**

A menudo se quejaba de ser pobre y de no poder vivir en la ciudad. Se dolía de no poder alternar con la gente noble ni visitar los salones ricos; de no poder ir á los bailes de palacio, ni á las *soires* de la señora tal, ni al teatro, ni á ninguna diversión de lujo. Amanecía triste y pensativa. ¡Oh! ¡Qué romántica nos parecía entonces! Dejaba de ser andaluza: semejábese más bien á una de esas *Lady* infatuadas, de semblante amargo y trato austero. Pero entonces se iba corriendo al jardín y se ponía á hablar con las flores, que ella llamaba sus amigas íntimas, las de sus dulces confidencias, y les decía: «No, yo no os abandonaré jamás. Yo os prefiero á vosotras, amigas de mi alma, que nunca me dais en que sentir. Os prefiero á los salones alfombrados, á los tocadores flamantes, á los bailes, á todo, á todo; nunca os abandonaré.» Luego volvía consolada, y del mismo buen humor acostumbrado, con un cesto en la mano, rebosando de flores, con las que adornaba un altar muy cuco, donde tenía colocada una virgencita de plata, la que llamaba también su otra amiga íntima. Después se dirigía donde cada uno de los tertulianos y les iba poniendo en el hojal de la solapa un heliotropo, un clavel ó una rosa. Luego que concluía, decía: «Ya estoy contenta otra vez; disponed de mí. ¿Qué queréis, que juguemos? ¿Queréis que narre un cuento de los míos?» Y se arrellenaba en su linda poltroncita de junco.

*
**

Margot era más aficionada á los cuentos que á otra cosa. Siempre nos contaba alguno nuevo y nos encargaba libros. Le gustaban los de *illo tempore*, como decía ella, frunciendo sus provocativos labios. Los de reyes magos, los de príncipes seductores en sus torres de marfil, los de encantos, los de brujas duendes, y en fin, todos los de creación maravillosa. Se sabía de memoria «Las mil y una noches.» Ultimamente estaba leyendo el libro de Darío. Decía que estaba fuertemente impresionada con la lectura del Pájaro Azul; que no podía menos de ponerse triste y que ya tal vez nadie la devolvería la alegría; ni las flores, ni su virgencita de plata; y que iba á morir de desesperación!

*
**

Todos ignorábamos el cambio tan rápido de Margot. No sabíamos los efectos que pudo haber producido en su interior la doctrina del cuento azul. Estaba pálida y ojerosa. Sus ojos volcánicos y voluptuosos, llenos de fuego y travesura, se habían tornado mansos y lánguidos.

Un día vino de misa con el rostro encendido y la mirada viva. Estábamos en su casa esperándola con impaciencia, porque ya tardaba. Entró corriendo; nos saludó á todos con una sola

cortesía, dándonos un buenas tardes, señores, tan expresivo y coquetón que nos hizo entrar en malicia. Esos colores y esa alegría de haber ido á la iglesia, no más, nos daba en qué pensar. Uno de nosotros le preguntó que á qué se debía tanto regocijo. Entonces ella, turbada, nos hizo acercarnos á su lado, y comenzó diciendo: «No os aflijáis más por mí, ni por mi salud, queridos amigos. Ya estoy curada, me siento buena. Hoy me han devuelto mi alegría, mi buen humor, mi felicidad, se acabó la tristeza. Todo esto lo decía dando brinquitos en la silla.— ¡Ah! pero voy á contarles en lo que consistía mi enfermedad, que á ninguno de ustedes quise revelarles. Pues... nada... que yo...—y todos, oído atento,—que yo... ¡ay! me da tanta vergüenza! Tengo un novio! ¡ya lo dije! Sí, un novio muy guapo, á quien vosotros no conocéis y del que no tenéis ni la menor idea. Pues bien; os lo voy á confesar todo, en dos palabras. Me impresioné tanto con la lectura del Pájaro Azul, porque mi novio hace versos y porque es pobre como Garcín. Yo creía que mi novio tenía otro pájaro azul en el cerebro que le atormentaba y... desgraciado! no quería pensar lo que iba á suceder; además, tenía miedo que me lo robaran las musas, ó me lo hicieran infiel, porque dicen que los poetas no quieren á nadie. Desde luego comprenderéis que estoy locamente enamorada y que esto me mortificaba profundamente. Pero ya está todo arreglado, le he prohibido hoy, á la salida de misa que vuelva á hacer versos, y él me ha jurado cumplir mi súplica. A mí me gustan mucho los versos; pero que los haga otro, mi novio no. Con que ya estáis enterados de todo, y aquí me tenéis nuevamente jovial, sentada en mi poltroncita de junco. Disponed de mí, ¡ah! Una cosa... Una gran noticia: tal vez me case pronto!

*
* *

Dos meses después, cuando Margot cumplía dieciséis años, estando en la celebración de su natalicio, había recibido suntuosos regalos de todos sus amigos. Sólo faltaba entre los regalos el de su novio, y entre los festejantes, él. No visitaba la casa; le estaba prohibido. Cuando casi al terminar la fiesta recibió Margot un ramo de lilas blancas, del cual pendía una tarjeta, cogió el ramo en sus manos, lo llevó á sus labios delicadamente y después fijó la vista en la tarjeta. Estaba escrita en verso. Se estremeció, hizo un gesto de improbación. Los semblantes cambiaron de color. Todos pensaron que la cándida Margot se volvería loca con tan rudo desengaño; pero no; arrancó enfurecida la tarjeta del ramo; la hizo mil pedacitos y lanzó al aire una estrepitosa carcajada!

¡Pobre poeta!

A. LUJÁN.

ADELFAS

I

Esforzado galán de la Esperanza,
á quien mi mente sin cesar invoca,
ayer rompí mi postrimera lanza
por sólo una sonrisa de su boca.

Burlóme la taimada sin clemencia:
hoy mirando con llanto lo que dejo,
en el barco fugaz de la existencia
de la Cirse fantástica me alejo!

En la lucha perenne de la vida
por una vaga sombra de quimera,
con rabia usé para vendar mi herida
el último jirón de mi bandera.

Ya la voz de mi espíritu cansado
á gloriosos combates no me llama:
soy un obscuro paladín cruzado
sin Dios, sin ilusiones y sin dama!

II

En dulce perspectiva que me place
tiende á mis ojos el pasado un velo,
cual luz crepuscular que se deshace
sobre un pedazo del azul del cielo.

¡Cuántas pobres imágenes sin brillo,
mas ornadas de rosas sin espina,
con ansiedad de soñador sencillo
nuestra mente allá lejos adivina!

Yo que llevo en mis ojos el espanto
de la mezquina terrenal historia,
recorro solo y con secreto encanto
el mundo sideral de mi memoria.

Allí el recuerdo su caudal renueva,
mientras el alma que sin fe resiste
en él con ansia y con deleite prueba
la enfermiza dulzura de lo triste.

JUSTO A. FACIO.

HOJARASCA

Hacia la empinada cumbre,
por un tortuoso sendero,
sube el mendigo agobiado,
medio desnudo, sediento.

Del portón, en la Abadía,
pide pan, agua y un lecho;
y el burdo lego le arroja,
mientras esclama soberbio:

—Vaya el gandúl noramala,
que no es mesón el convento.

Desciende lloroso al valle,
pide otro tanto á un labriego,
que en una humilde cabaña
dale asilo y alimento.

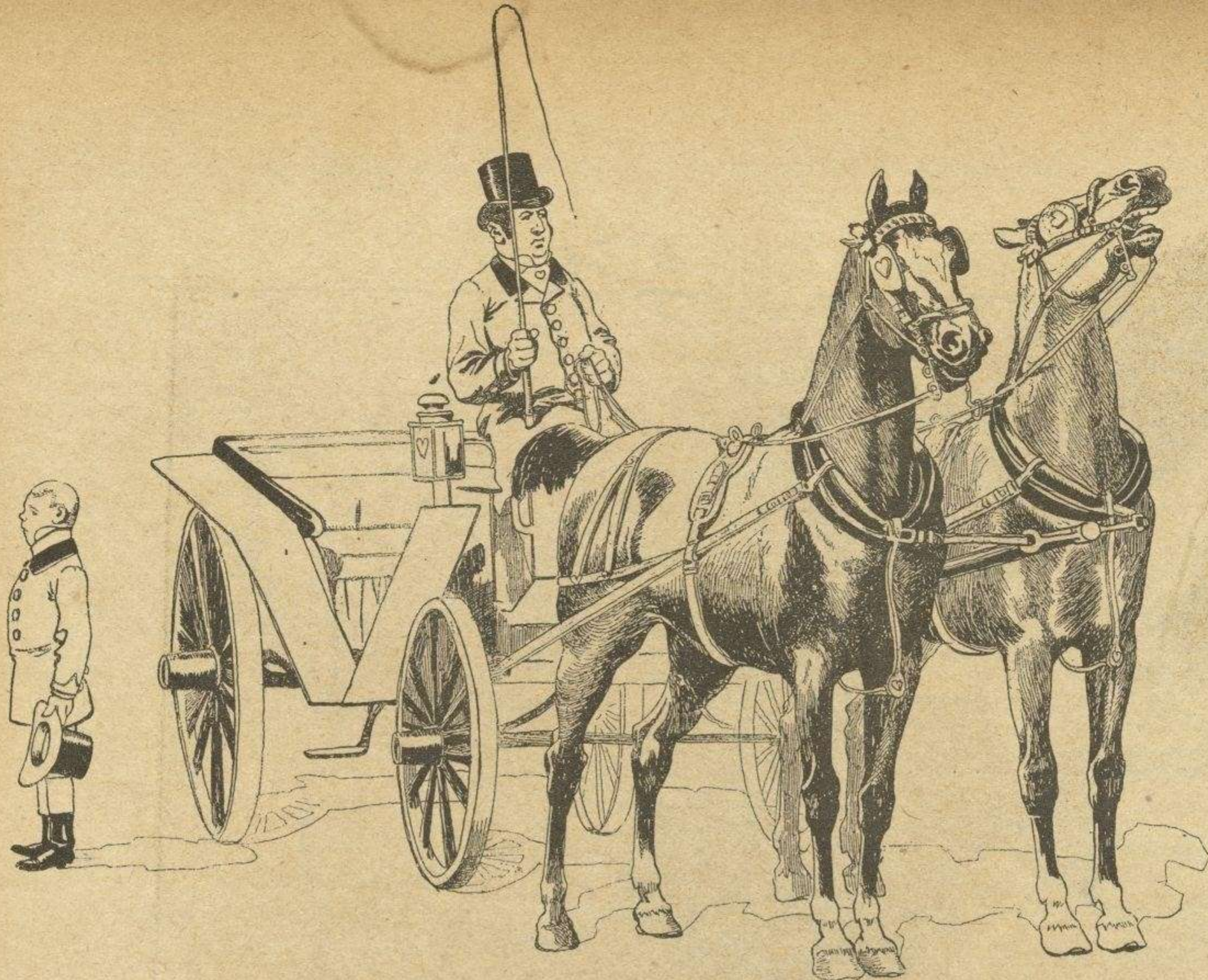
Y cuando al rayar el día,
vuelve al camino el buen viejo

y ve en la altiva montaña
las torres del Monasterio,
detiene un punto su paso
y exclama con voz de trueno:
—¡Cuanto más alto se habita
más lejos se está del cielo!

R. CASTRO RONDEROS.



EL BESO



ESCENA DE LA VIDA REAL

La pobre anciana había pasado una noche cruel tras un día de angustias.

Enferma, hambrienta y extenuada por la fatiga; sin casa ni albergue, recorrió al azar calles y plazas sintiéndose desfallecer.

Cerca de la madrugada detúvose ante un suntuoso edificio por cuyos balcones salían raudales de luz y de armonía.

Había fiesta allí dentro, sin duda; y mientras ella estaba á punto de sucumbir en la miseria, tras los muros de piedra de aquel palacio derrochaban el oro en una fiesta báquica varios jóvenes de la aristocracia, en lúbrido consorcio con unas cuantas mujeres pertenecientes á la más distinguida escoria social.

En la puerta esperaban algunos carruajes.

La anciana, á través de las lágrimas que empañaban sus ojos, vió salir, uno tras otro, á los convidados y con mano temblorosa imploró de ellos una caridad.

Pero ninguno se fijó en ella.

Hablando á voces y riendo á carcajadas, como el que tiene envuelto el cerebro en vapores alcohólicos; descuidado el traje y encedido el rostro con el carmín de lúbricos deseos; cogidos del brazo con libre y sospechosa confianza, hombres y mujeres desfilaron por delante de la anciana, tomando por asalto los carruajes y alejándose luego al galope.

La anciana esperó todavía.

Quedaba en la puerta del palacio un elegante *landeau* que esperaba, sin duda, al último huésped de aquella orgía.

¡Tal vez éste tuviera el corazón menos duro que los que acababan de alejarse!

No se hizo esperar mucho.

El lacayo bajó del pescante y se adelantó sombrero en mano.

La anciana miró con cierta curiosidad á los que salían.

Eran un hombre y una mujer.

El, un joven perteneciente á la alta goma; ella, una dama elegantísima envuelta en rico abrigo de pieles y deslumbradora de belleza.

Una dama hemos dicho, fijándonos sólo en su traje ¡así juzga la sociedad! pero nos hemos equivocado.

No merecía tal nombre aquella mujer liviana que había comprado sus galas y sus joyas con el precio de su belleza.

Mujer vulgar como todas las de su calaña; sepulcro blanqueado, como dijo el Mesías; montón de podredumbre amasada en forma de ángel; envoltorio de seda y encajes ocultando un cuerpo pecador y un alma corrompida.

Venía apoyada, más bien suspendida, del brazo de su galán.

Sus ojos, grandes como su pecado y negros como su historia, miraban con incitante descaro; en sus labios vagaba una sonrisa voluptuosa, y la expresión toda de su rostro podía compararse á la del demonio de la lujuria, si los demonios tuvieran rostro de ángel.

La anciana se estremeció al verla.

Pensó en una hija hermosísima que había sido su único encanto; hija á quien no pudo educar debidamente, ni atender en la edad crítica, porque ella tenía que ir á ganar el sustento para las dos; hija que desapareció un día de la casa materna y cuyo paradero no supo ya jamás. Por eso se conmovió la pobre anciana. Porque la joven que en aquel momento iba á subir al carruaje tenía un parecido extraño con Mercedes, su infortunada hija, á quien consideraba perdida para siempre y rodando también por los abismos del vicio.

La elegante horizontal fijó sus ojos casualmente en la pordiosera y lanzando un grito ahogado, sepultóse, ocultando el rostro entre las manos, en el mullido asiento del carruaje.

Su acompañante creyó que se había conmovido con el espectáculo de la miseria de aquella mendiga, y echando mano al bolsillo, le arrojó una moneda de plata, gritando, al cochero:

—¡A escapel

Pero la anciana no se bajó á recogerla. Habíase quedado como petrificada.

Su boca se dilató con una mueca dolorosa; sus ojos, desmesuradamente abiertos, se cerraron, y cayó desplomada al suelo gritando:

—¡Mercedes! ¡Hija de mi alma!

Pocas horas después, las gentes madrugadoras se detenían formando corro para contemplar un cuadro conmovedor. El cadáver de una anciana, que al parecer había fallecido en mitad del arroyo, de hambre y de frío.

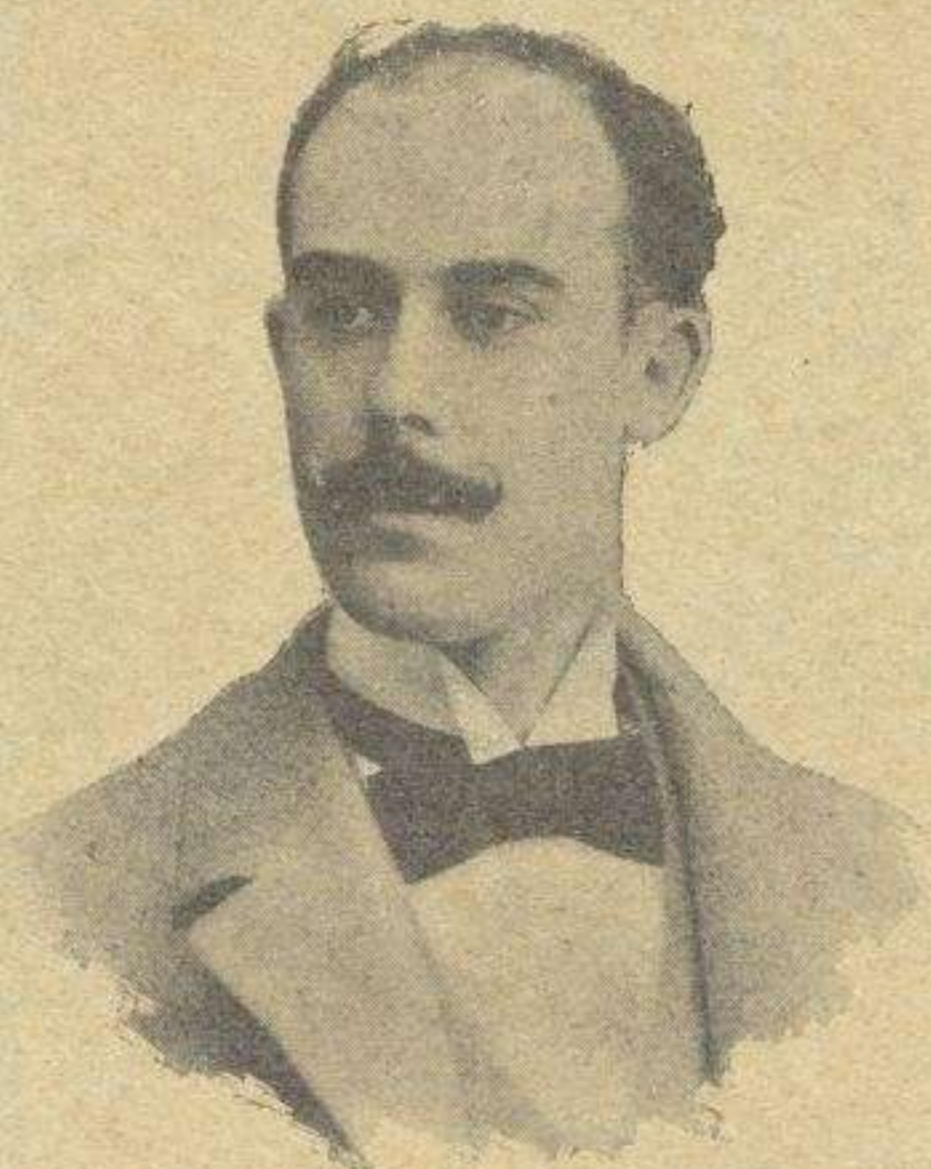
Mercedes, ¡tal vez en aquel momento estaría en los brazos de su amante!

PABLO DE SEGOVIA.

ESCRITORES PREMIADOS EN EL CERTAMEN DE LA SAETA



ILDEFONSO PRIETO



ESTANISLAO MAESTRE



SEBASTIÁN LÓPEZ ARROJO



RICARDO CASTRO RONDEROS



R. BERTRAN

UN PUNTO, por G. S.



—Déjeme usted, caballero; soy casada.
—Es que mis intenciones no pueden ser más honestas.
—Fues ¿por qué se empeña usted en venir a mi lado?
—Para no mojarme.

F.G.S

BALDOMERO GALOFRE.



Aldeana de Galicia.

BALDOMERO GALOFRE

No es nuestro intento escribir una biografía, ni menos aún un juicio crítico, del distinguido artista con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

Para lo uno, carecemos de datos, y para lo otro, de suficiencia. Por otra parte, Baldomero Galofre es harto conocido y su merecida reputación está muy por encima de cuanto pudiéramos decir nosotros.

Galofre es un pintor poeta, como ha dicho muy acertadamente un distinguido crítico; sus cuadros tienen, todos, imaginación, sentimiento y un algo fascinador que ejerce soberana influencia en el ánimo de los menos inteligentes.

«Apenas si hay cuadro suyo—dice el crítico a que hacemos referencia más arriba,—que no comunique al espectador la vibración nerviosa que extremece al artista; en bien pocos, el lugar, la hora, el panorama, el asunto, carecen de valor ideal ó dejan de sugerir algo que no siempre cabe en la pintura, pero que abre camino al comentario poético.»

Los dibujos que insertamos en el presente número (completamente inéditos) dan gallarda muestra de su magistral dibujo y su genial manera de apuntar.

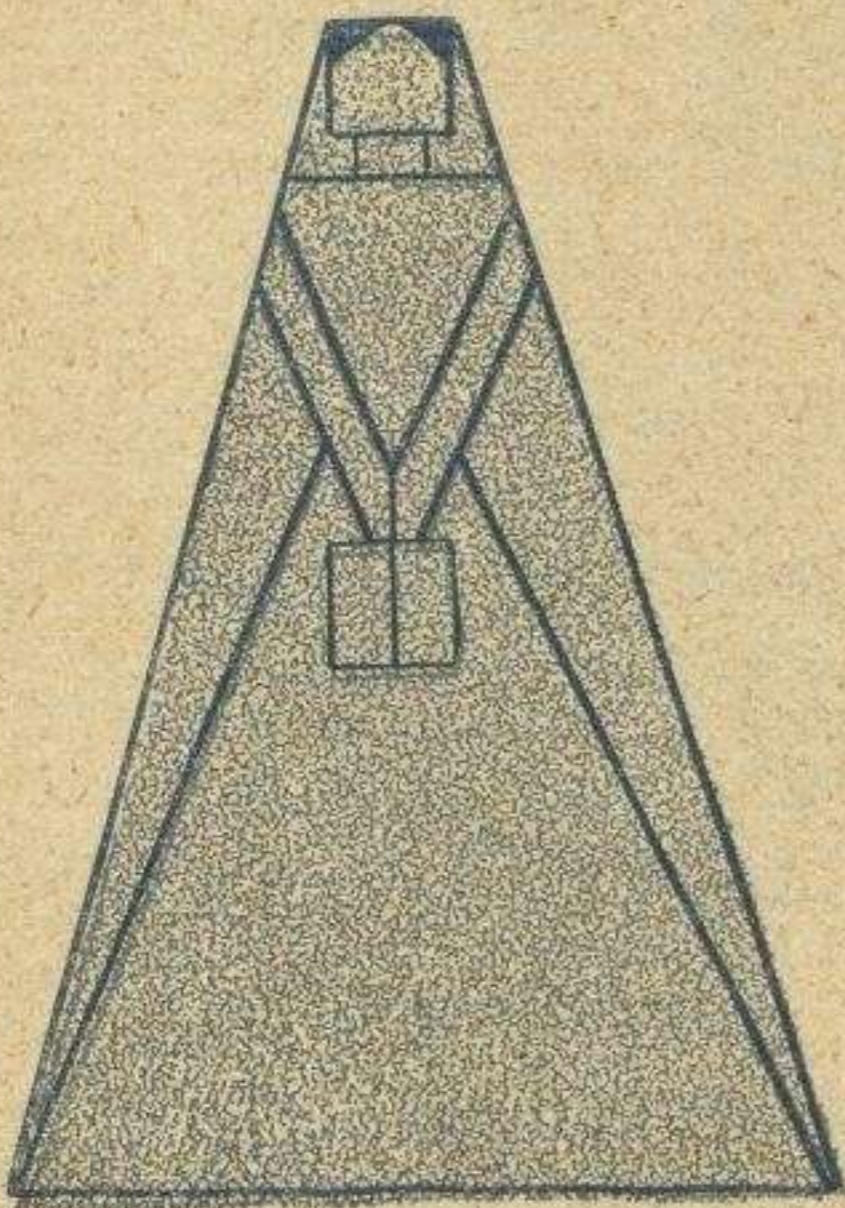
Nada añadiremos á lo dicho, porque, lo repetimos, no necesita Galofre nuestros elogios; sólo hacemos constar el placer que nos proporciona el poder honrar hoy las columnas de nuestro periódico con algunas páginas de su cartera.

El público creemos nos agradecerá nuestro buen deseo, y no dudamos que se dará también por complacido.

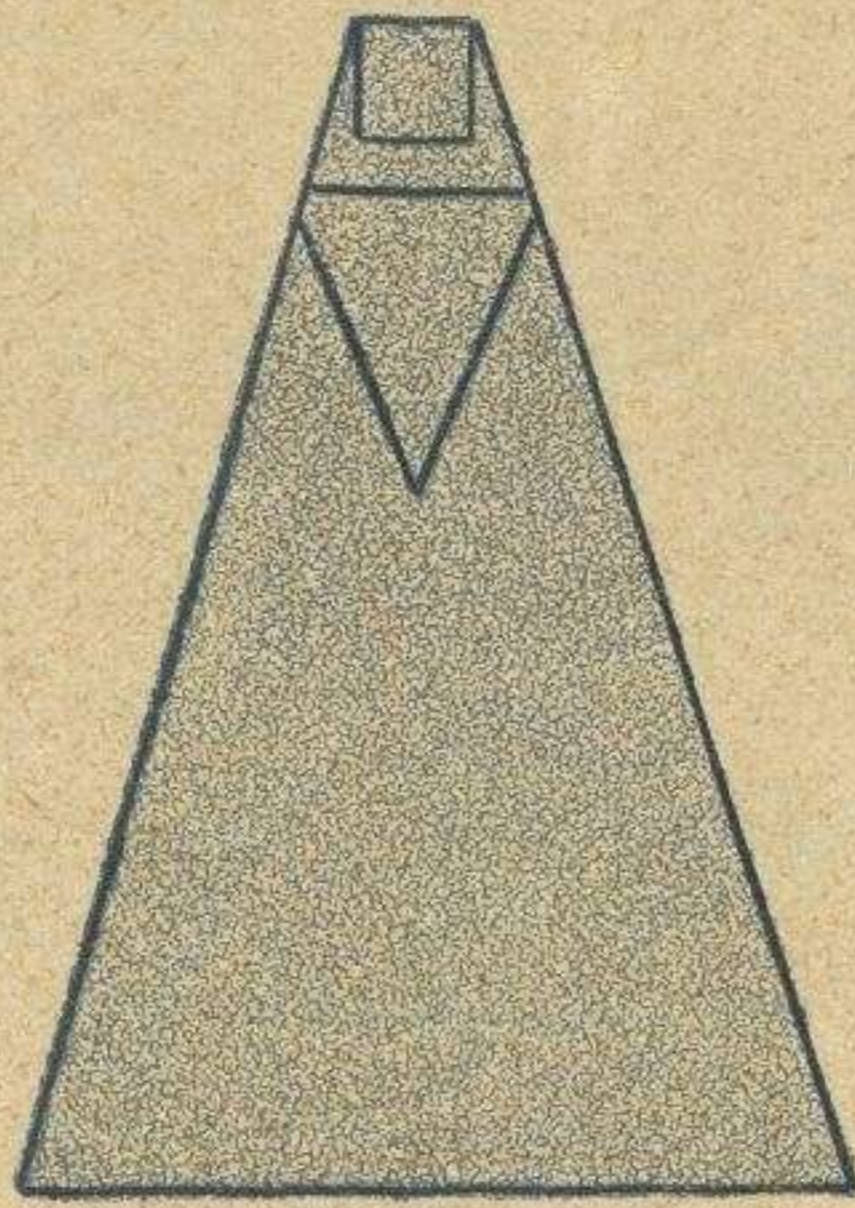


EL DIBUJO AL ALCANCE DE TODOS

Si eres capaz de trazar un triángulo y un cuadrilátero, sabes lo suficiente para lanzarte al campo del dibujo. Empezaremos por copiar aquella señora cubierta de largo velo, con los brazos caídos, un libro entre los pulgares de las manos y dispuesta á rezar.



Si empiezas el apunte por los ojos, como acontece en la mayoría de los principiantes, eres hombre perdido. En el dibujo de figura debe empezarse por el conjunto, y no por el detalle. Empieza por trazar un triángulo isósceles despuntado por arriba y tendrás la figura *col-*



cada. Indica después el sitio de la cabeza por medio de un cuadrado, el del torax por otro triángulo, y sin más que estos dos sencillos elementos geométricos tendrás preparado tu dibujo para entrar en detalles.



Siguiendo este procedimiento, en un periquete se traza una aldeana con el cabello envuelto en un pañuelo cuyas puntas asoman por arriba y la falda recogida sobre el refajo.

LAS HOJAS SECAS

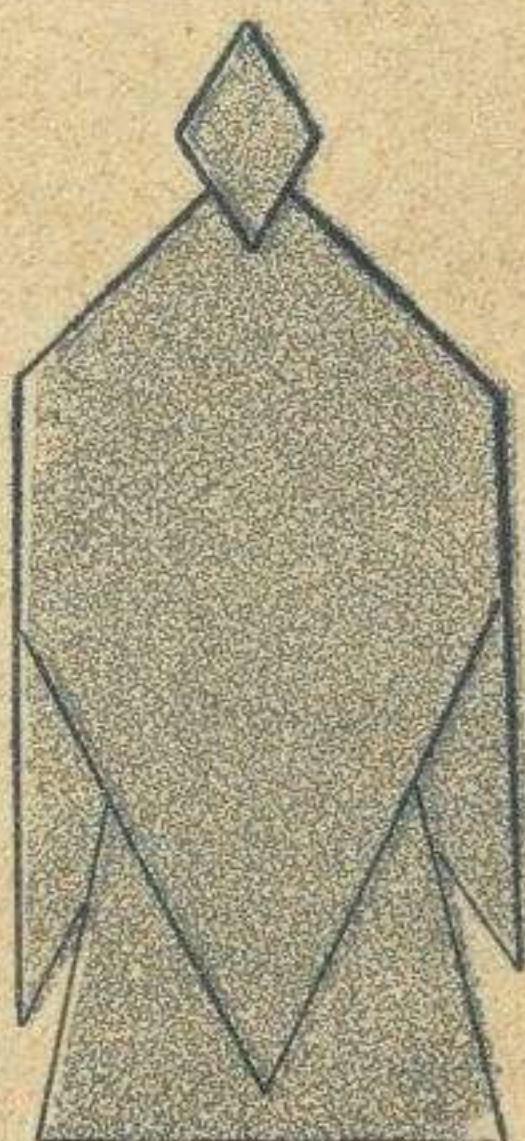
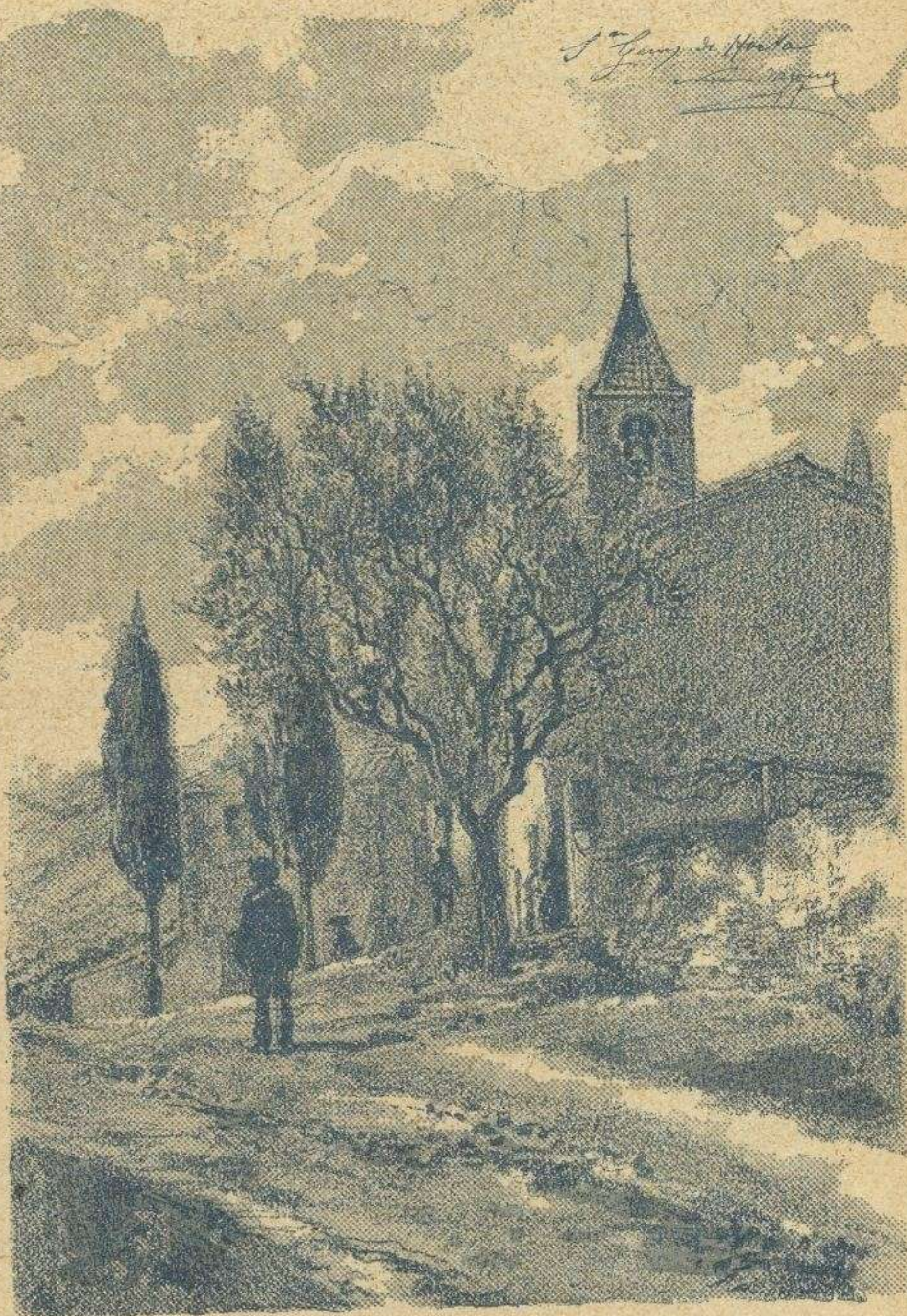
Vivía á extramuros de la ciudad, en un pisito interior con vistas al campo. Los álamos del camino azotaban, con sus ramas cargadas de verdes hojas, los vidrios de su ventana, y el sol penetraba alegremente todas las mañanas á despertarla para el trabajo.

Tenía su casita tan limpia y aseada que daba gozo contemplarla. En la alcoba su camita blanca como el ampo de la nieve, medio oculta por anchas cortinas de percal muy planchadas; en la sala una cómoda barnizada llena con su ropita, cuidadosamente distribuida en los cajones; sobre la cómoda una imagen de la Virgen de la Soledad, seis sillas de enea, una mesita de pino y algunas estampas baratas pendientes de la pared, componían todo su mobiliario. En el alfeizar de la ventana nunca faltaban macetas de flores, que ella cuidaba con solícito afán.

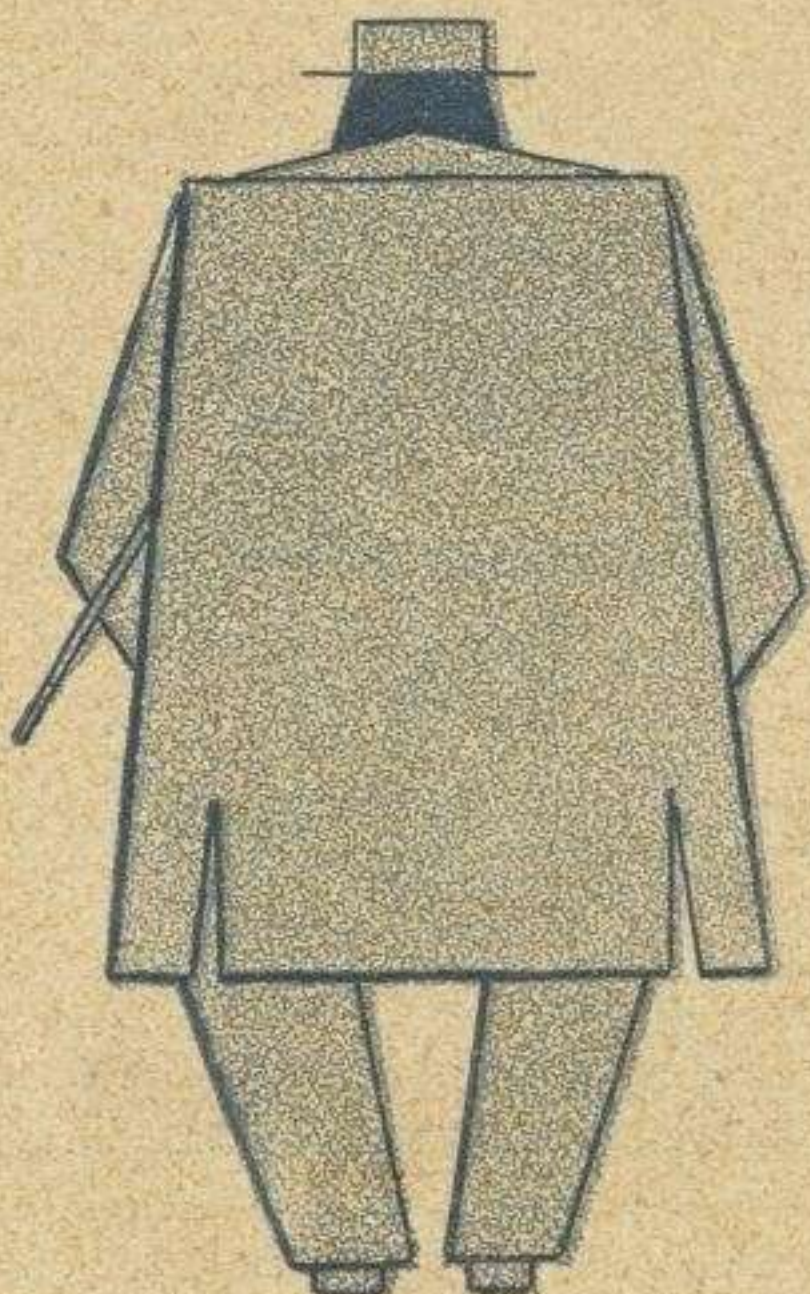
Su casita, como ella la llamaba, respiraba pobreza, pero no miseria.

Cuando entraba uno en ella sentía una sensación de bienestar extraña. El aire del campo que penetraba por la ventana, la luz que á través de las flores pasaba sonriendo, como complacida de alumbrar aquel nidito, el canto de las aves que se albergaban en los álamos y el murmullo de las hojas de estos copudos árboles que se agitaban dulcemente al soplo de la brisa, daban tal poesía á la casita de Rosa, que muchas veces, ¡fenómenos de nuestra naturaleza! sentí asomar á mis ojos una lágrima de ternura y de complacencia.

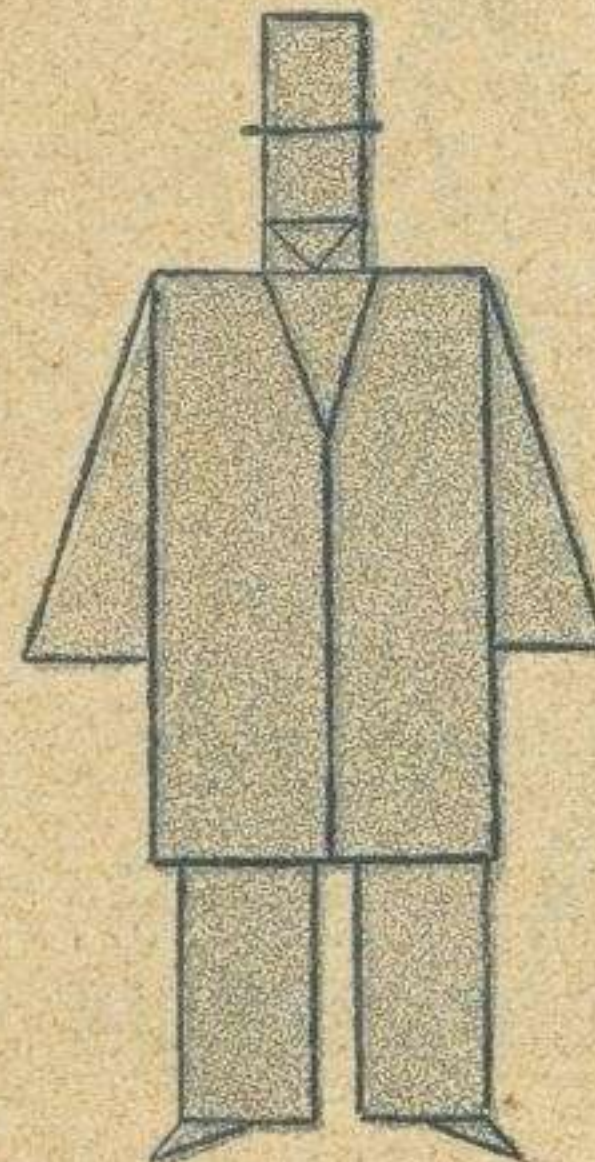
SAN GENÍS DE HORTA, por NICANOR VÁZQUEZ.



No menos sencilla es la chula; un rombo para el pañuelo de la cabeza y cuatro líneas debajo. Todo ello hecho con tiralíneas y regla.



No se crea que las faldas facilitan estos trazados sencillos de las figuras. Las del hombre se trazan con igual facilidad. Como ejemplo les presento á un notario amigo mío y á su hijo, gomoso con carrik, bimba y cuello de puntas.



Cuando yo la conocí vivía sola.

Su tía, anciana virtuosa que la había servido de madre había muerto, y ella, que no congeniaba con sus compañeras y gustaba de vivir independiente y dueña de sus acciones, había tomado aquel pisito y allí vivía retirada del mundo, pensando sólo en sus flores y en sus quehaceres.

Cosía en blanco para una tienda en donde la apreciaban mucho y sólo salía de casa para ir a devolver la labor ó á buscar trabajo. El resto del día lo pasaba detrás de la ventana cose que cose, cantando como un ruseñor ó pensando en esos mil deseos vagos de la adolescencia, fantasmas informes que llenan de ilusiones el cerebro y de esperanzas el corazón.

Yo la conocí una mañana que salta de misa muy tempranito.

Su rostro lleno de bondad y dulzura, sus grandes ojos pardos, su cuerpo esbelto y su aire modesto y recatado me impresionaron vivamente.

La seguí de lejos sin ser notado y la vi entrar en su casa.

Todas las mañanas, antes de ir á clase, pasaba por debajo de su ventana y la veía, siempre afanosa, inclinada sobre su labor.

Ella al fin se fijó en mis paseos, pero no los alentó con sus miradas. Cuando me veía venir parecía ruborizarse, inclinaba la cabecita, y cosía con ardor.

Llegué á acostumbrarme tanto á aquellas visitas que no faltaba ningún día.

Jamás la había hecho una seña ni me había atrevido á iniciarla mi amor de ningún modo.

Me causaba respeto su virtud y su soledad y al mismo tiempo temía turbar con mis pretensiones la paz de aquella alma pura.

Creo que llegó á acostumbrarse á mis visitas matinales, porque después de algún tiempo, cuando me veía brillaba en sus ojos un relámpago de alegría y el rubor de sus mejillas era más intenso y menos disimulado.

Yo había comprendido que la gustaban las flores, por el afán con que cuidaba sus tiestos, y todas las mañanas la arrojaba un ramo al pasar. Ella me sonreía con encantadora complacencia y yo me alejaba orgulloso y rebosando felicidad por los cuatro costados.

Nuestras relaciones no pasaron de aquí.

Vinieron las vacaciones y tuve que partir á mi pueblo.

¡Cuánto sentí abandonar á mi buena amiguita!

La última vez que la vi, antes de tomar el tren, se me agolparon las lágrimas á los ojos y tuve que pasar casi corriendo para que no notara mi emoción.

Cuatro meses estuve en mi pueblo acordándome siempre de ella y haciendo el propósito de declararla mi amor en cuanto volviera.

Volví al fin.

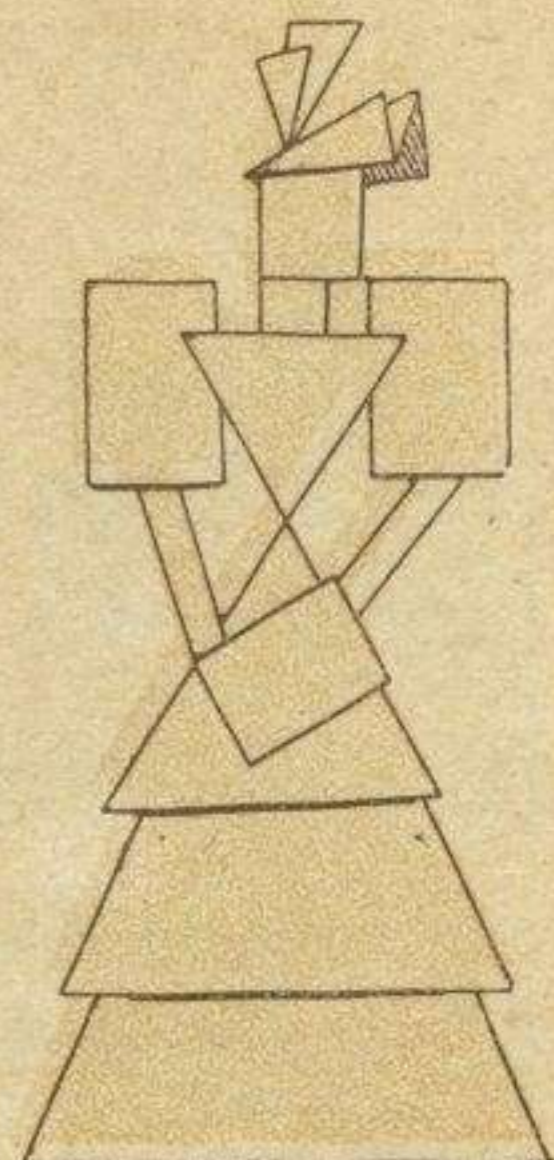
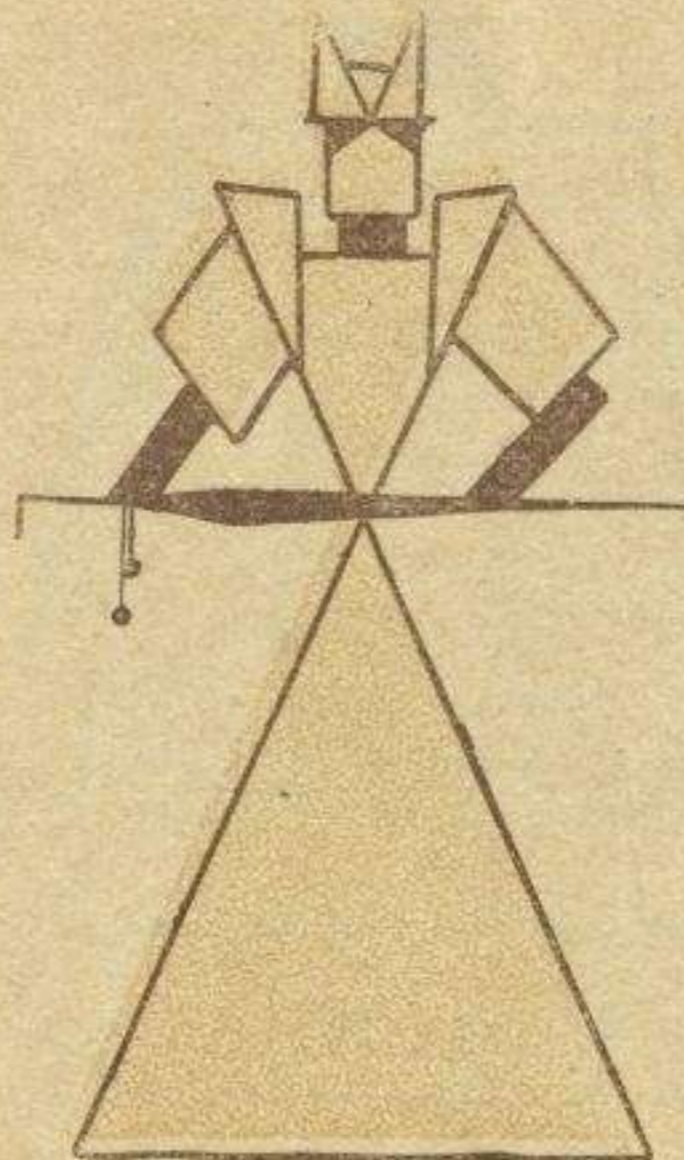
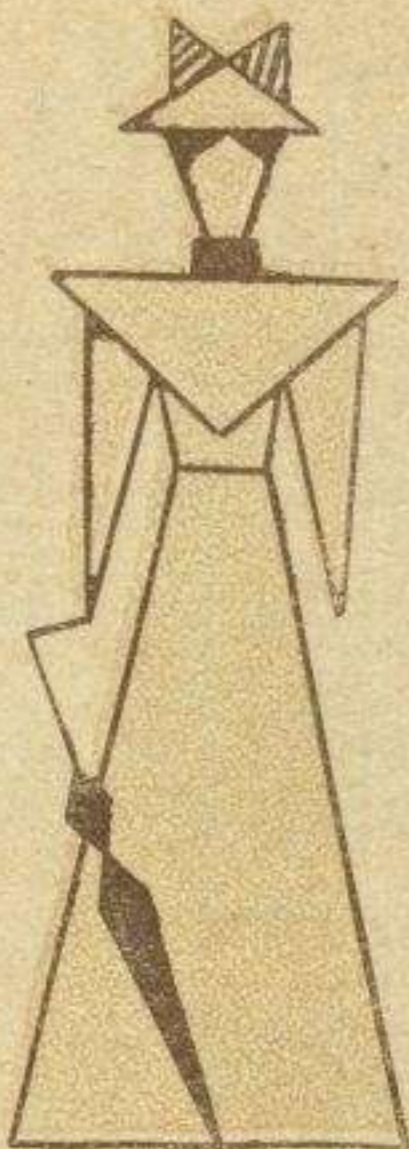
Era el mes de Octubre y las hojas secas comenzaban á desprenderse de los árboles formando movediza alfombra sobre campos y caminos.

Sin saber por qué, me hacía daño aquella agonía de la naturaleza.

Pensaba en ella y en sus flores y se me oprimía el corazón.

Mi primera visita fué para ella.

¡Hay! En su ventana no había flores, los álamos que azotaban sus cristales estaban secos, el sol penetraba triste y plomizo en su habitación, y ella... ella había desaparecido.



La descomposición de una figura en grandes triángulos es el principal problema del dibujo. Una vez esto aprendido tenemos más de la mitad del camino recorrido. No hay que fijarse en si las señoras estas carecen de manos; ya se pondrán, como se pondrán los ojos y la boca cuando llegue su turno á estas *pequeñeces* por ahora.

Lo importante es marcar el sitio de

MILLONARIOS, por GRANER.



Bajo mis pies se quejaban, holladas por mis plantas, las hojas de los árboles y al ser arrastradas por el viento parecían decirme en su lamento extraño: «¡No la verás más! ¡Era una flor de primavera y como nosotras ha muerto á la entrada del invierno!»

Efectivamente, había muerto...

Una vecina á quien pregunté me lo contó todo.

—Comenzó á ponerse triste—me dijo—sin saber porqué. Se pasaba los días asomada á la ventana como esperando á alguien. Ya no cantaba, y lloraba mucho. Cuando vino el mes de Septiembre comenzó á toser y á esputar sangre. Vino el médico y dijo que se moría. A la entrada del otoño, á la caída de las hojas, expiró como un pajarito. Yo la asistí. Murió besando unos ramos de flores que tenía siempre al alcance de su mano. ¡Pobrecita, era una santa!...

Mientras la vecina hablaba lloraba yo como un niño.

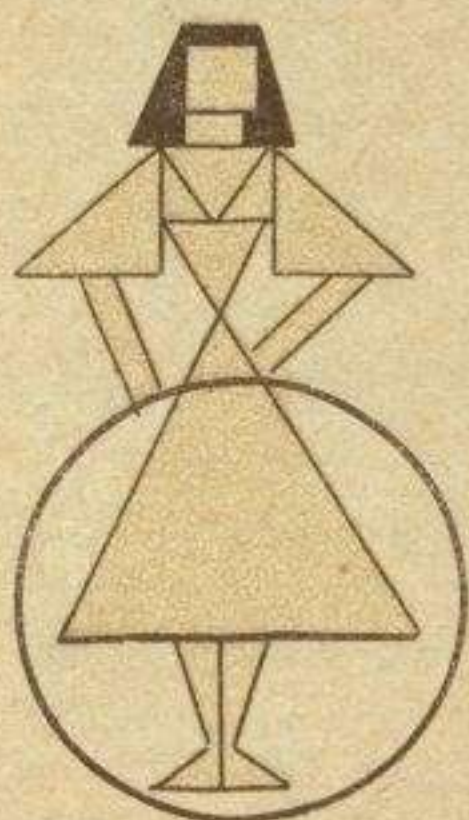
Quise ver su habitación y me la enseñaron. Estaba vacía y por la ventana habían penetrado, arrojadas por el viento, millares de hojas secas que parecían llorar la ausencia de su amiga.

Me arrodillé en el suelo, besé el sitio donde había muerto y salí de allí herido de muerte el corazón.

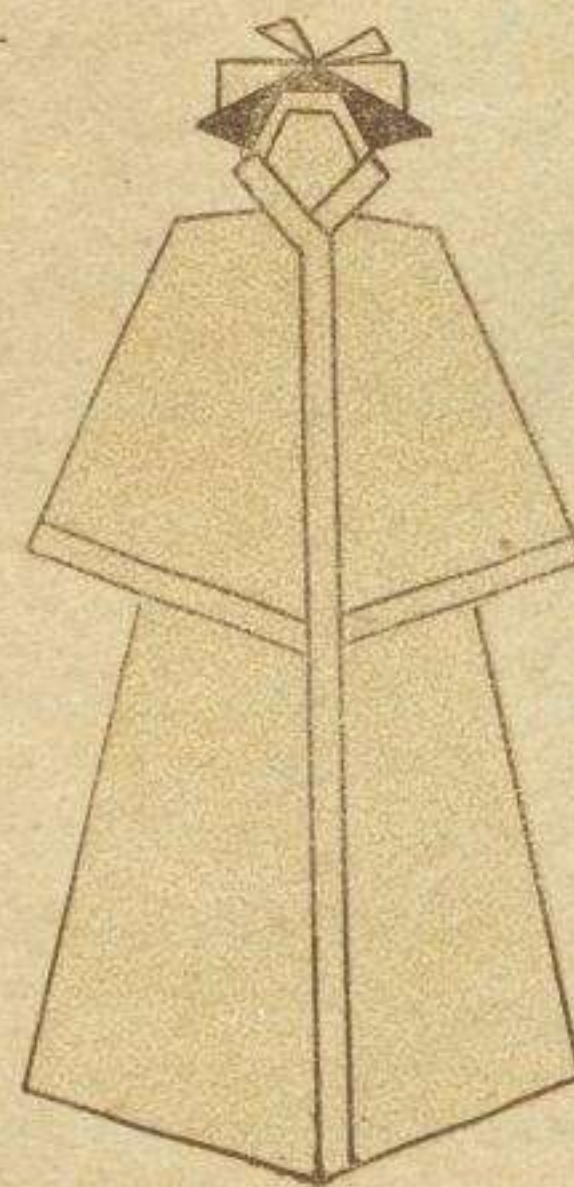
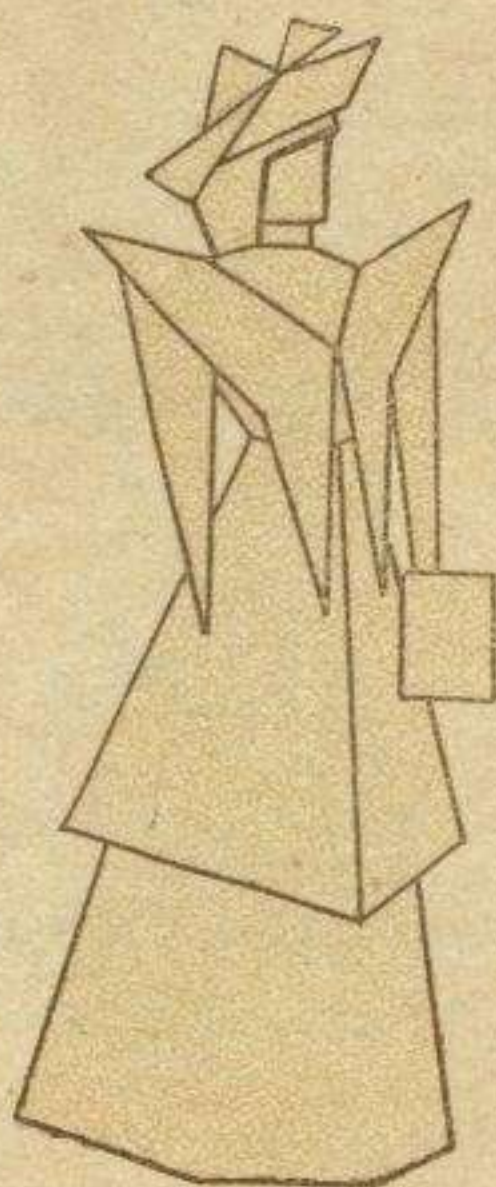
Desde entonces las hojas secas me la recuerdan siempre, y cuando veo el escobón de los guardas de paseos que las barren sin delicadeza, me parece que barren trozos de mi corazón.

Las hojas secas son para mí sagradas y les rindo un culto fervoroso.

V. S. CASAÑ.



la cabeza de los brazos, del sombrero, etcétera, etc.



Iremos poco á poco aumentando el número de triangulitos y cuadriláteros, é



MIGNON

El teatro de la ópera en París representaba por primera vez el *Lohengrin*, de Wagner, y el pueblo parisiense, herido en su orgullo nacional, protestaba amotinándose en plazas y bulevares adyacentes, en pelotones de miles de hombres, cuando la vi en medio de toda aquella gente enfurecida que la causaba miedo.

A ella, que apenas era una chiquilla cuando yo me fuí á hacer mis estudios, me la encontré hecha toda una señorita encantadora.

Su negro y sedoso cabello caía en ondas finísimas sobre su espalda, formando hermosas trenzas.—De sus labios salía, por entre hileras de perlas, una risa argentina y sonora que comunicaba el buen humor á cuantos la tratábamos. Pero nada tan bello como sus ojos negros y brillantes, de los que se podía exclamar con el poeta:

*De esa mujer entre los negros ojos,
Un universo de placer chispea,
Palidecen del sol los rayos rojos,
Y vacila la luz si pestañea.*

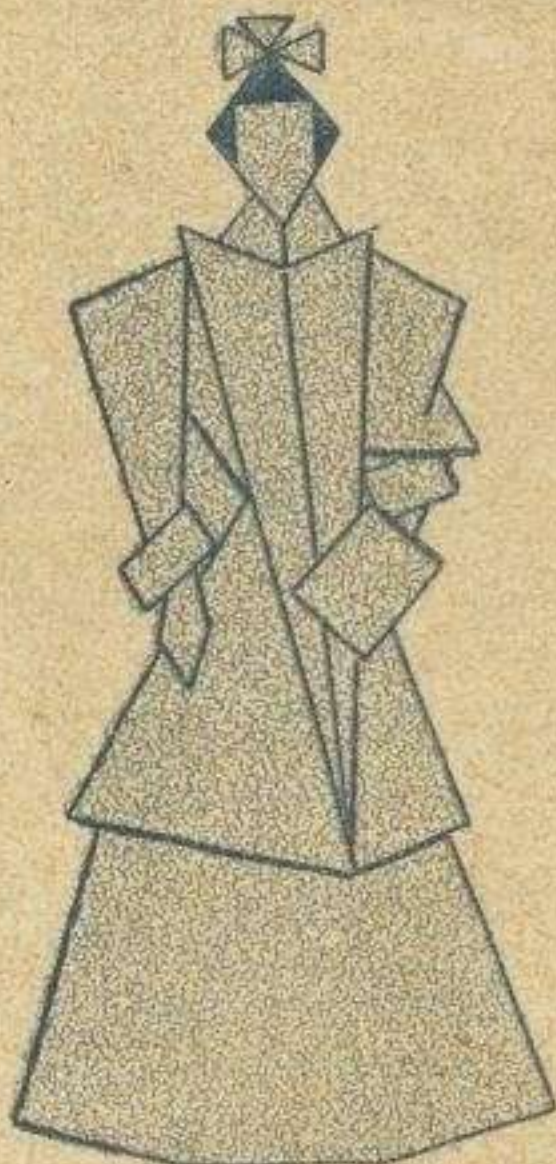
Su talle esbelto, junto con un pié diminuto, completaban aquel hermoso cuerpo.

Su alma, tan sencilla como pura, era un tesoro escondido, y su corazón, aún velado, esperaba cual la flor, la blanca mariposa, que debiera posarse sobre su corola azul, para despertarla al amor.

De sentimientos elevados, miraba el amor como un imposible, y á pesar de sus quince primaveras, aún no había amado á ningún hombre. Su alma era un santuario que se abriría tan sólo para quien con sentimientos tan exquisitos como los de ella, lograra despertarla del ensueño en que vivía. A quien únicamente amaba, era á su madre, y la pasión más grande que tenía era por la música y las otras bellas artes.

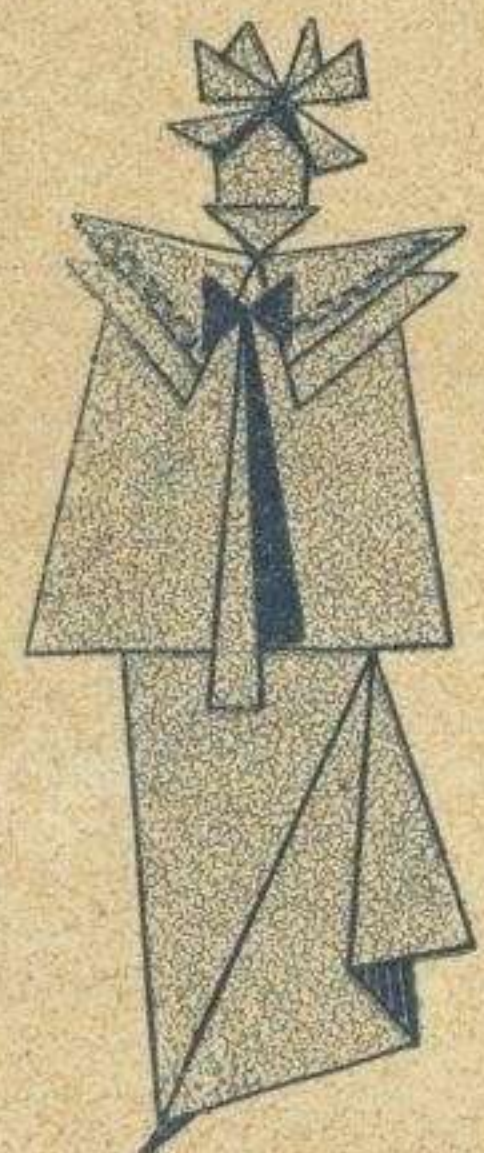
Con las hermosas cualidades que ella poseía, sintiendo en mi pecho una sed infinita de amor, y encontrándola tan bella y tan ideal, la amé como sólo una vez se ama, sepultando mi amor en el silencio y esperando poder llegar á interesarla en mi favor.

* * *



insensiblemente se irán completando las figuras sin más trazado que el de la línea recta.

La señora de la izquierda tiene una mano indicada; mejor dicho el *sitio* de la mano.



Para terminar, presento á una parisién con la falda elegantemente sostenida por la mano izquierda; y á una señora en

Qué bella es Venecia, sobre todo si se visita en un *mardigras* y se encuentra uno allí con compatriotas y muchachas alegres!

En la tarde de ese día, el canal de la *Giudecca* no podía casi contener el sin número de góndolas y barcarolas, que cubiertas de cintas, flores y gallardetes de los más vivos colores, se chocaban y empujaban entre sí. La música llenaba el aire con infinidad de melodías, y las orquestas húngaras y de gitanos dejaban oír sus más apasionadas notas, mientras que por ramblas y puentes pupulaba una multitud inmensa. Por todas partes se veían máscaras, vestidas de sedas atornasoladas, y mujeres lindísimas.

En medio de aquella gente y en una góndola adornada de rosas blancas, la vi por segunda vez. Qué pálida y qué triste estaba! Parecía una nota discordante en medio de aquella alegría arrebatadora que hacía olvidar todo, menos el amor. De sus pupilas negras y lucientes en otro tiempo, no quedaban más que unos ojos apagados y sin brillo. Todo su ser era tan delicado y débil, que mostraba al más inexperto que una pena íntima minaba su espíritu, ó una enfermedad incurable se había apoderado de su cuerpo.

Después de vagar por algún tiempo en la *Giudecca* y habiéndose levantado en el canal una niebla húmeda y fría que la hizo toser mucho, volvimos al hotel en compañía de la demás familia.

Por la noche, unos jovenes venecianos tocaban guitarras y bandurrias frente á su ventana, y cada vez que una canción triste hería su oído, rodaba por sus mejillas pálidas una lágrima, mientras que su cabeza pensativa se perdía mirando allá arriba, en las gasas tenues del cielo, en el azul.....

«El aire húmedo de Venecia me hace mal», me dijo, cuando la pregunté la causa de sus pesares. Después, como quien está soñando, continuó con su voz apagada por la enfermedad: «Quisiera volverme á mi París para respirar las brisas perfumadas del Bosque y pasearme por entre el bullicio de sus bulevares».

* * *

Un año más tarde, visitaba en compañía de mi amigo Eduardo el *Père Lachaise*, cuando en un rincón oculto de los muchos que forman sus callecitas estrechas y sombrías, vi una tumba cubierta de rosas blancas, frescas aún, en tanto que un amorcillo escribía sobre una lápida de mármol, el poético nombre de *Mignon*, mientras que, allá dentro de aquel ataúd blanco, la podredumbre invadía poco á poco su cuerpo delicado.

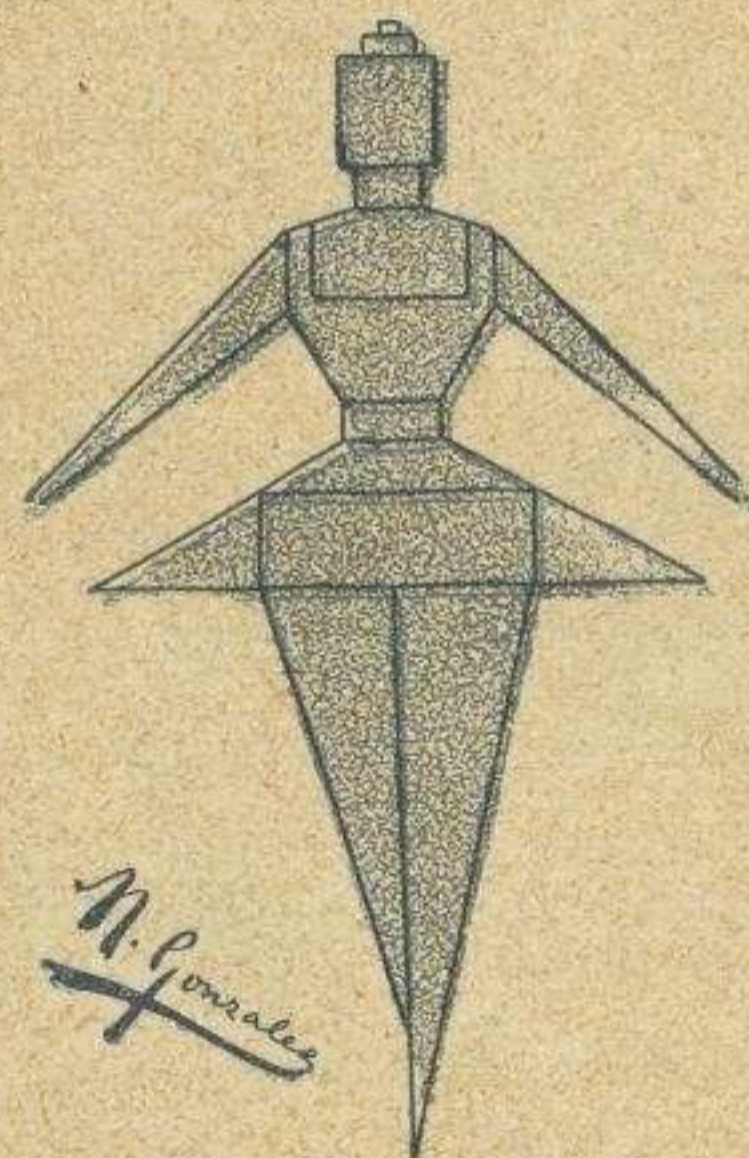
JAJALJIT.



traje de casa, con el peinado y pliegues del vestido indicados.



Y para que no se diga que el desnudo se resiste á tal procedimiento, ahí va una bailarina en el momento de irse á arrancar por género francés.



De las caras, manos y piés trataremos en otro extraordinario.

MELITÓN GONZÁLEZ.



CANTARES POPULARES

¿Los ojitos de mi cara
quién me los quiere comprar?
los vendo por traicioneros,
porque publican mi mal.

Quisiera morirme pronto
y ángel del cielo volverme,
y ser ángel de la guarda
y estar á tu lado siempre.

Las penitas que yo siento
son cual las olas del mar,
unas penitas se vienen
y otras penitas se van.

Cuando chiquito lloraba;
cuando grande también lloro;
cuando chiquito por teta,
y ahora por el bien que adoro.

Si la luna te contara
lo que le digo de ti,
te vendrías á mis brazos
enamorada de mí.

La pena y lo que no es pena,
todo es pena para mí;
ayer penaba por verte;
hoy peno porque te ví.

Ni contigo ni sin ti
tienen mis males remedio;
contigo, porque me matas;
y sin ti porque me muero.

La primera que nació
engañó ya al padre Adán.
¡Si esa fué la que Dios hizo,
las otros cómo serán!

En la puerta de tu casa
catorce muertos ví un día,
porque los mató la pena
de ver que no los querías.

El demonio son los hombres.
dicen todas las mujeres:
y deseando están siempre
que el demonio se las lleve!

Es más grande mi querer
que la voluntad de Dios,
porque Dios no te perdona
lo que te perdono yo.

Cuando paso por tu puerta
compro pan y voy comiendo,
pá que no diga tu madre
que de verte me mantengo.

He de mandar que me entierren
sentado cuando me muera,
para que puedas decir:
se murió pero me espera.

Te quiero sin que me quieras,
que es verdadero querer;
que querer porque nos quieran
es querer por interés.

Aunque tengas más amores
que flores tiene un almendro
ninguno te ha de querer
como yo te estoy queriendo.

Moreno pintan á Cristo,
morena á la Magdalena
moreno es el bien que adoro;
¡viva la gente morena!

Envidia tengo á la tierra
y también á los gusanos
que se tienen de comer
ese cuerpo tan gitano.

Por Dios si no me quieres
que no me mires,
ya que no me rescates,
no me cautives.

Es tu querer como el toro
que á donde le llaman va;
y el mío como la piedra:
donde lo ponen, se está.

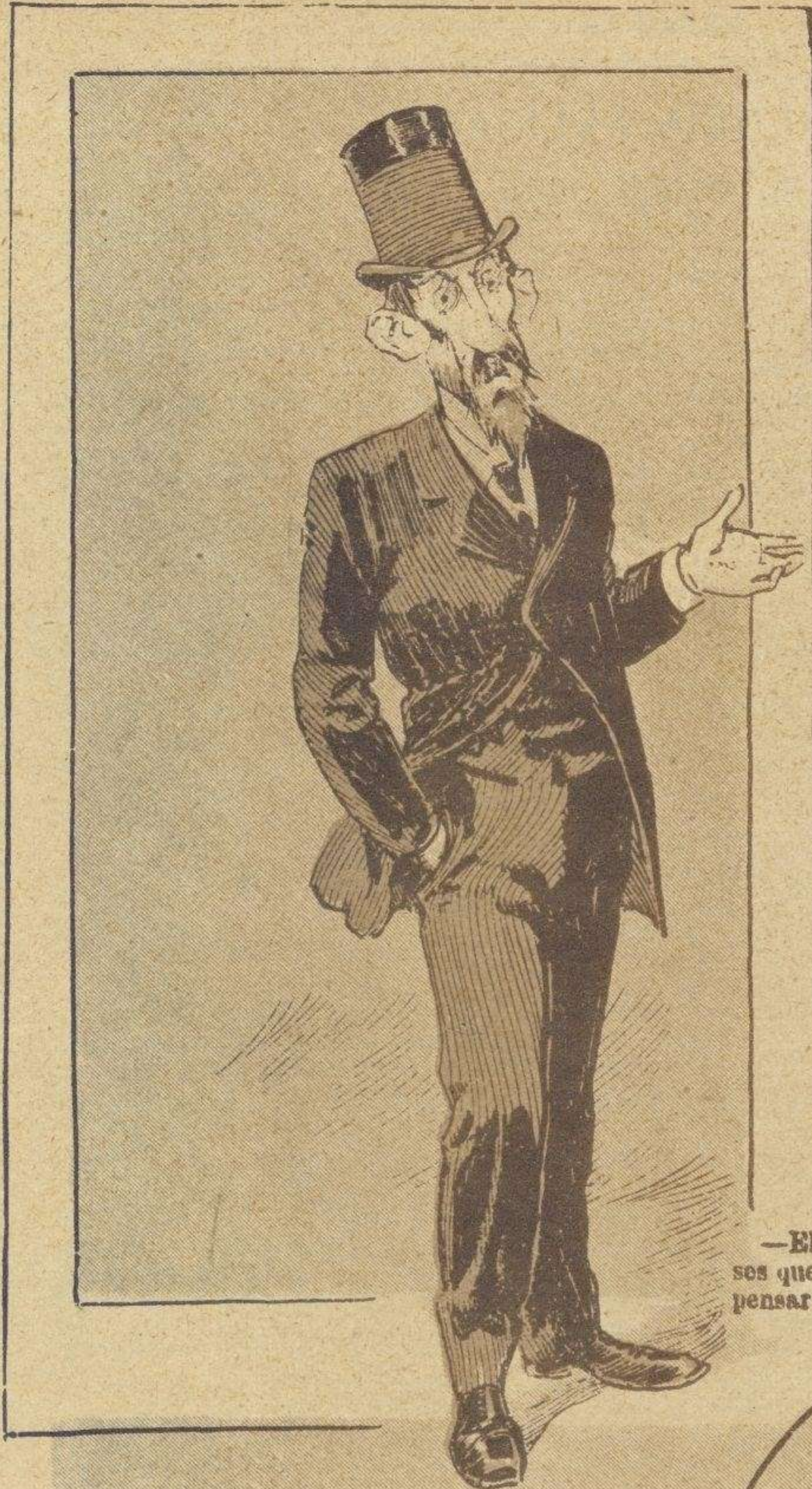
Anda ve y dile al maestro
que á ti te enseñó á querer,
que te devuelva el dinero
porque no te enseñó bien.

Concha llena de colores,
ola de la mar en calma,
si tú admites mis amores,
te daré á guardar mi alma.

Tienes una boca, niña,
como un capullo cerrado;
de buena gana la abriera
con el soplo de mis labios.

La hermosura de los cielos
cuando Dios la repartió,
no andarías tu muy lejos,
cuando tanta te tocó.





—El caso es que como la Valeriana hace dos meses que salió de casa y aún no ha vuelto, empiezo á pensar si la habrá ocurrido algo.

—Estoy de luto por mi mamá política, que hace dos meses que ya está la pobre descansando para siempre... y yo también.

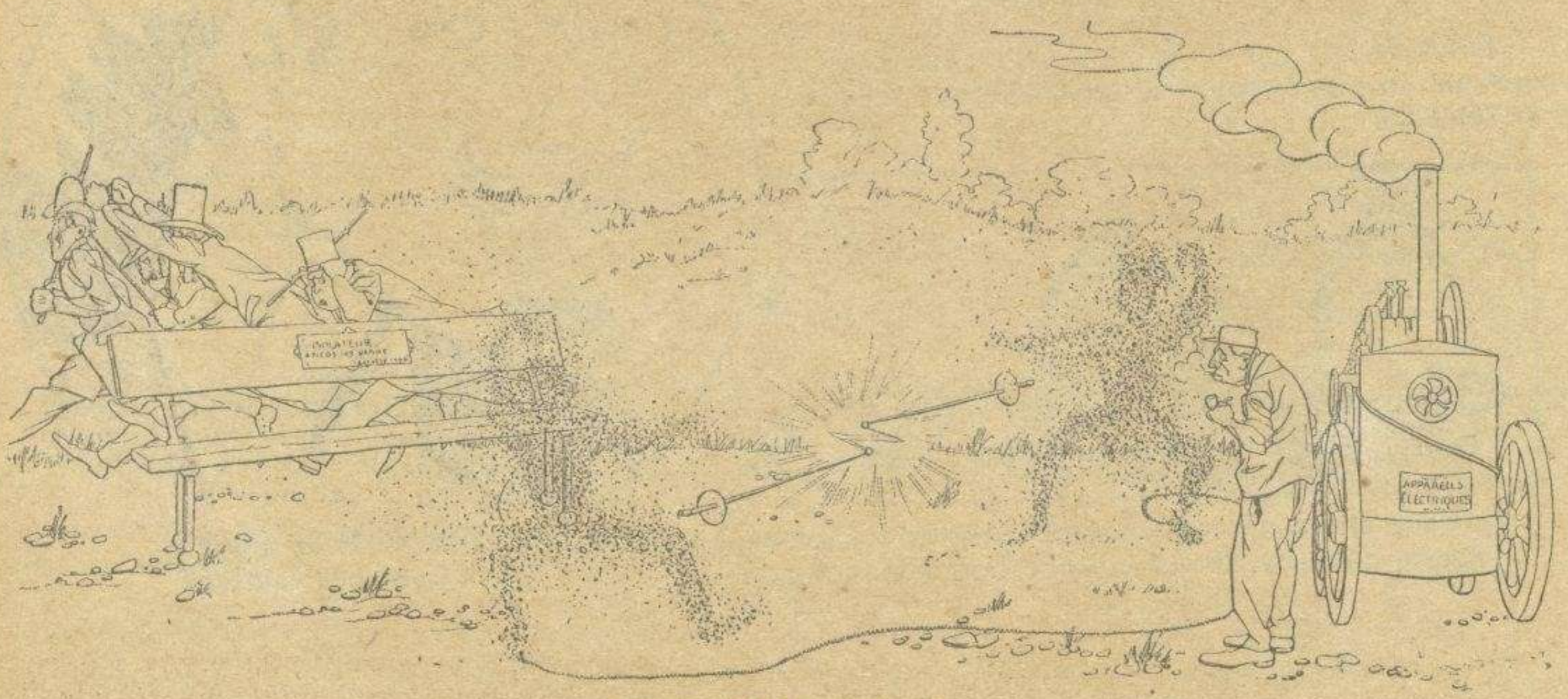
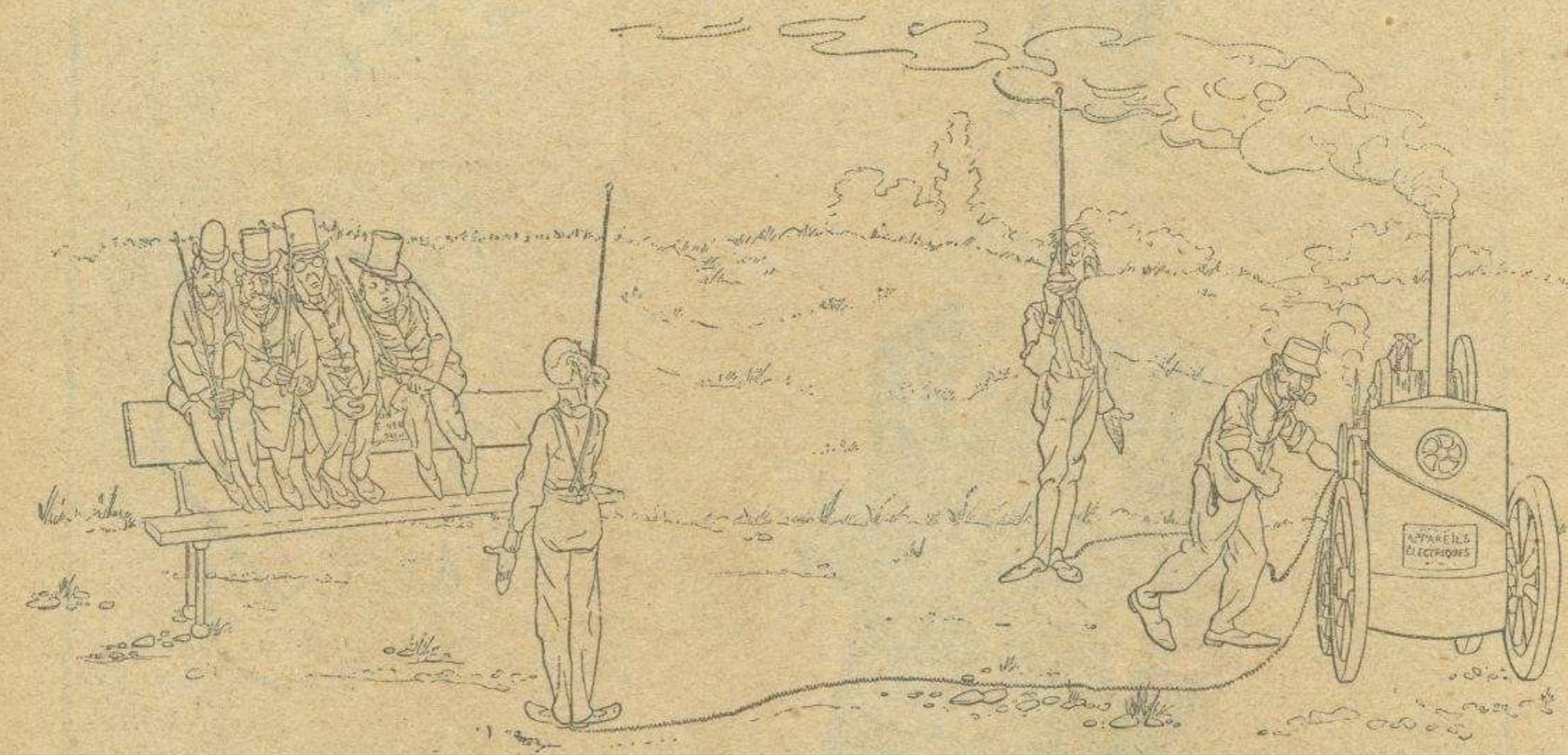


Cada año van á unas aguas distintas y ninguna les prueba bien para lo que ellas desean, que es casarse.



Este modo de mirar la tiene que cautivar.

LA CIENCIA APLICADA



DUELO ELECTRICO

SAETAZOS

He aquí un hombre aprovechado: «El Director de la Escuela de Minas».

Al buen hombre se le ha ocurrido una idea sumamente peregrina, y digna de Pidal cuando menos, que consiste en exigir á cada uno de sus alumnos un depósito de 25 pesetas para responder de los desperfectos que puedan causar en el local.

Repito que la idea es sumamente peregrina y tiene mucha gracia.

Sólo que no se ve á primera vista, porque nos coge desprevenidos; y es natural que así sea, ya que no hay reglamento alguno, ni ley que autorice al Sr. Director en cuestión, para exigir tal depósito.

Suponemos que este funcionario volverá en sí y dirá como aquel de («Donde digo digo, no digo digo, sino que digo Diego») y dirá, repito: «donde dije 25 pesetas no dije 25 pesetas, ni dije nada.»

El 1.º de Mayo ha transcurrido sin novedad alguna.

Está visto que la fiesta del trabajo acabará por morir de frío.

Esto en lo que respecta á España, pues en el extranjero no en todas partes pueden decir lo mismo.

En Washington, por ejemplo, la manifestación obrera mónstruo, capitaneada por el agitador Goxey, intentó celebrar un *meeting* en las inmediaciones del Capitolio.

Miles de agentes de policía cargan, para impedirlo, sobre los manifestantes, dispersándolos á palos.

Unos 7.000 obreros se dirigieron entonces á Casa Blanca.

Al tratar la policía de disolverlos de nuevo, los agentes fueron recibidos á tiros por los manifestantes, resultando varios heridos.

Dos tranvías han sido destrozados.

El cólera de Portugal parece que ni es cólera ni es ná.

¡Aquí en España si que hay coléricos!

Las tres cuartas partes de los españoles lo están contra el gobierno.

¡Ay del día que la epidemia se propague! Ó mejor dicho, ¡ay del día en que comience á hacer estragos.

Hemos recibido el último número de *El Pelotari*, que como siempre lleva escogido texto y un bonito grabado.

MISCELÁNEA

—Oiga usted, Juanito, hace cinco años que está usted entreteniendo á mi hija. ¿Por qué no se casa usted?

—Por eso.

—¿Por qué?

—Porque yo no me caso con una entretenida.

El profesor (enfadado).—Señorita, ¿por qué no ha venido usted á clase ayer?

La discípula.—Porque mi mamá ha tenido un niño.

El profesor.—Pues que no vuelva á suceder eso otra vez.

—¿En dónde tiene la academia?

—Por la Rambla.

—Hombre, ya me va cargando que, al cobrarme, el camarero, haga sonar la moneda dos ó tres veces lo menos.

—Es que pudiera ser falsa.

—Precisamente por eso.

Es tan bella y distinguida la elegante Salomé, que cuando va bien vestida gusta á todo el que la ve.

Pero he oído decir, y esto lo asegura Blas, que cuando está sin vestir gusta muchísimo más.

Eduardo Guillar.

PÍLDORAS

Anoche entre sombras vi cinco ó seis caballerías y de momento creí que eran tu hermana y tus tías.

Tus ojos, niña, dan mucha envidia de noche á las estrellas, al sol de día.

Rapevi.

—¡Tiene un talento mi hija! ¡Si usted viera qué versos escribe!

—¡Bah! Entonces tiene más talento la mía.

—¿Pues qué hace?

—No escribirlos.

Entre bastidores.

Un pollo se acerca á una corista y le dice:

—Tiene usted un tipo completamente meridional. ¿Es su padre de usted andaluz?

—No, señor; es profesor de esgrima.

Un marido se presenta ante el juez municipal á decir que quiere separarse de su mujer.

—Pero hombre, exclama el funcionario: ¿qué motivos tienes para semejantes deseos? ¿No es honrada tu mujer?

—Sí, señor; lo es.

—¿No es hacendosa, y muy mujer de su casa?

—Sí, señor.

—¿No tiene buena reputación?

—Sí, señor; la tiene.

—Pues entonces ¿á qué la separación?

Entonces el hombre, señalando uno de sus zapatos, que tenía puestos, le preguntó al juez:

—¿No es este un zapato bien hecho?

—Hombre, sí.

—¿No tiene buena pala?

—Sí.

—¿No tiene buena suela?

—Sí.

—Pues no obstante, me aprieta; y voy á dejar de ponérmelo, porque yo sé donde me aprieta el zapato. Lo mismo pasa con mi mujer.

APARIENCIAS, por CILLA.



- Señor escribano, le juro á usted que no soy anarquista.
 - Pues su cara de usted está diciendo todo lo contrario.
 - Señor, mi cara no puede decir otra cosa que me está haciendo mucha falta un peluquero.

ANUNCIOS

CORRESPONSAL en Barcelona para la venta de periódicos de Madrid y provincias

D. PEDRO MOTILBA Rambla Centro, kiosco núm. 3.

- | | |
|---------------------------------------|----------------------|
| *** El Liberal. *** | *** El Enano. *** |
| *** El País. *** | *** El Pelotari. *** |
| *** El Globo. *** | *** La Lidia. *** |
| La Bandera Federal. ** | La Gran-via. ** |
| *** La Correspondencia de España. *** | |

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA Rambla Centro, Kiosco n. 3. Barcelona.

Corresponsal exclusivo en Madrid para la venta de LA SAETA, D. Antonio Fernández, Mayor, 2 y 4.

PAPELES HIGIÉNICOS

para cigarrillos. Especialidad en los de borde engomado, fabricados por J. Bardou é Hijos, de Perpignan. CARLOS PUIGARNAU, Zurbano, n.º 3. Barcelona.

COLECCION DE TOMOS
ECONÓMICOS ILUSTRADOS

Cuidadito con esto.
Tres millones de chistes.
Biblioteca de bolsillo.
Biblioteca para todos.

Precio: 15 céntimos tomo en toda España.

107
ALMANAQUE
DE LA

SAETA



PARA

